

GALERIA DRAMATICA.

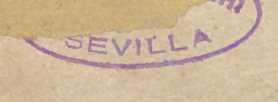
COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

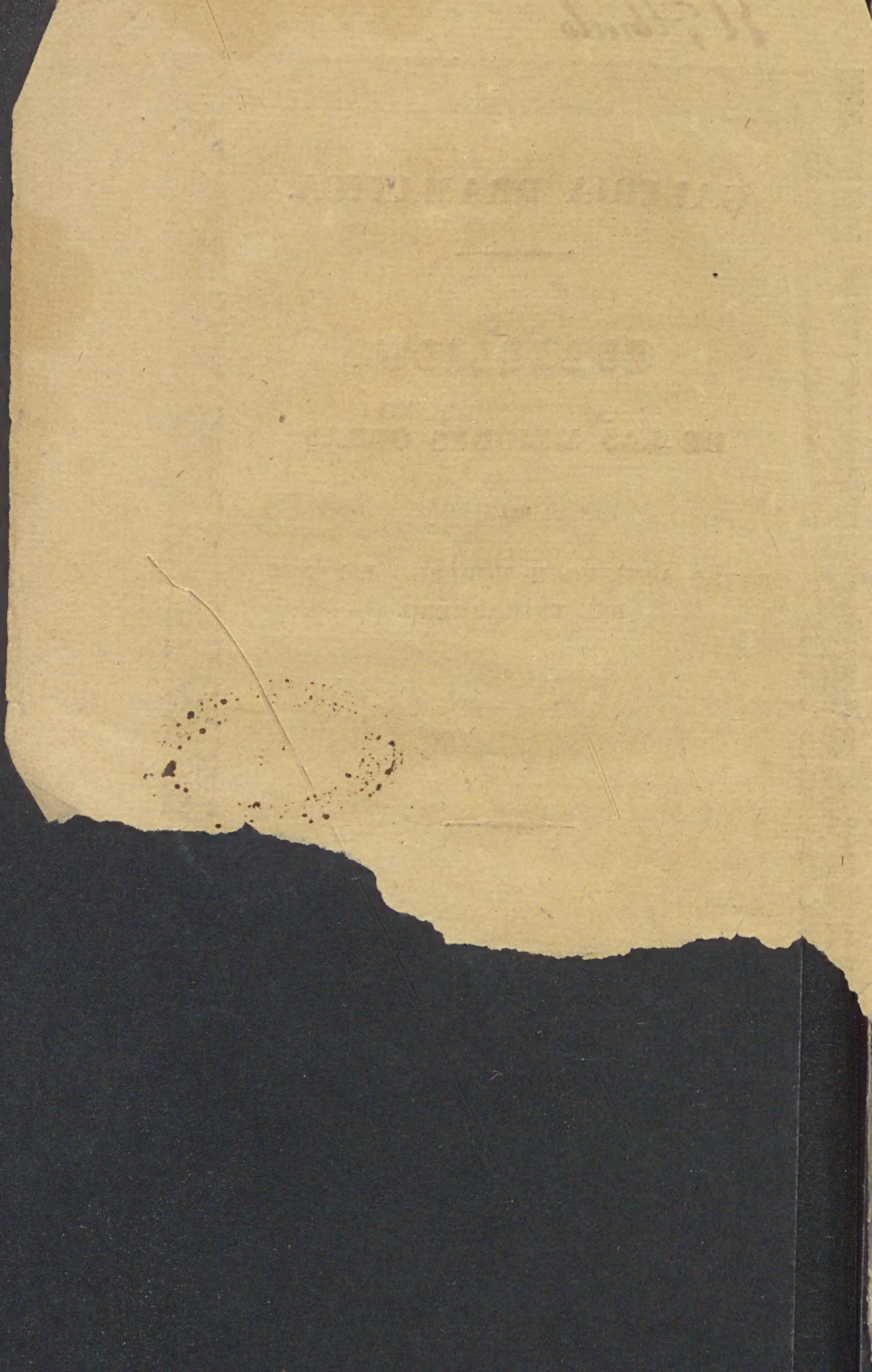
DEL

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL Y DEL ESTRANGERO.





MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.
═
1839.



EL ABUELO,

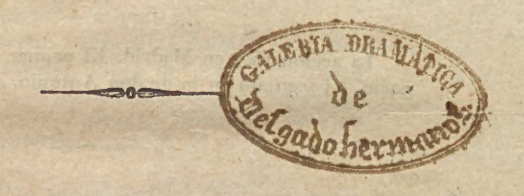
COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA.

IMITADA DEL FRANCES

POR

DON ISIDORO GIL.





MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.
=
1839.

PERSONAS.

EL ABUELO ANSELMO, (*sesenta años.*)
IGNACIO CONTRERAS, *su yerno.*
LUISA. } *Hijos suyos.*
ENRIQUE, (*diez años.*) } *Hijos suyos.*
DON ANTONIO DOMINGUEZ, *propietario.*
DON TADEO GARDUÑA, *escribano.*
CARLOS, *su escribiente.*
JULIANA, *ama de gobierno de don Antonio.*

La accion pasa en Madrid. El primer acto en casa de Ignacio. El segundo en la de don Antonio.

ACTO PRIMERO.

Una sala que dá á un patio; puertas laterales.—A la izquierda una mesa con todo lo necesario para escribir.

ESCENA PRIMERA.

LUISA. ENRIQUE.

Luisa. (*Sentada y dando leccion á Enrique en un libro que tiene sobre las rodillas.*) Vamos... no te pares... sigue, Enrique.

Enrique. (*Leyendo con dificultad.*) Por.... por.... en.... tre... unas... ma... matas... seguido...

Luisa. «Seguido de perros...» Vamos, continúa; mira que me enfado si no atiendes...

Enrique. Eh! ya me canso de fábulas... Esa es mucha leccion... El abuelo nunca me hace leer tanto.

Luisa. El abuelo es demasiado bueno; te echa á perder dejándote hacer todo lo que te se antoja.

Enrique. Mas quiero ir al patio á dar la leccion con él.

Luisa. (*Cogiéndole por el brazo.*) Nada de eso... irás á atormentarle... á hacerle jugar contigo, á pesar de sus años... Vamos, vamos, quietecito aqui.

Enrique. (*Resistiéndose.*) Pues no... pues no... no quiero quedarme... yo le diré al abuelo que me haces rabiar.

Luisa. Yo le diré que eres un desobediente, un tronerilla... un holgazan que no quiere aprender ni hacer nada.

Enrique. (*Cogiendo una cuerda y saltando.*) Hija mia, no lo puedo remediar... me fastidia el dar leccion.

Luisa. (*Yendo á él.*) Cómo se entiende? (*Corriendo tras él por el teatro.*) Enrique.... aqui corriendo.... Deja esa cuerda.

Enrique. Ven á cogerla. (*Vase corriendo por el foro.*)

ESCENA II.

LUISA. CARLOS, *viene por la derecha.*

Cárlos. Luisita...
Luisa. Ah! es usted, señor Cárlos.
Cárlos. Sí señora... pasaba por aqui para ir á casa de mi principal y he dicho,—ya que estoy en la calle... voy á entrar á informarme...—Lo ha pasado usted bien desde ayer, Luisita.
Luisa. Perfectamente.
Cárlos. Y don Ignacio su padre de usted?
Luisa. Está en el taller del patio. (*Se sienta.*)
Cárlos. Y tuvo usted la bondad de hablarle... de... de lo que usted sabe?
Luisa. No me he atrevido... Pero usted habrá hablado ya de ello á su pariente?
Cárlos. Tampoco me he atrevido... y eso que ayer al salir de aqui, iba muy resuelto. Ya se vé, su presencia de usted me habia infundido un valor, que hasta el ama de mi primo, la reverenda doña Juliana Quiñones, lo echó de ver y me dijo al abrirme la puerta:—«Qué tiene usted señor Cárlos, viene usted mas amarillo que la cera!—A usted no la importa, doña Juliana» La llamo siempre doña, porque sé que la incomoda y que se muere porque la digan Julianita... Es muger que detesto con todos mis cinco sentidos... vieja, regañona, interesada y que siempre se está deshaciendo el caletre para buscar un medio de burlarme la herencia de mi primo.
Luisa. Qué dice usted?
Cárlos. Es muy mal bicho... Pues como iba diciendo, entré en el cuarto de mi primo agitado y calenturiento, pero muy decidido á decirle:—Primo yo me muero por Luisita la hija de don Ignacio Contreras, y quisiera ser su marido... Usted es rico... yo no tengo un cuarto; pero soy su único pariente, y si usted me hiciese el obsequio de adelantarme unos realejos á cuenta de lo que me ha de dejar cuando se muera.— De repente oí una voz que refunfuñaba detras de mí. Ah! estás aqui, Cárlos?—Me volví y me di con él

cara á cara, estaba muy repantigado en su poltrona... Usted no lo querrá creer, pero como yo le hacia malo en la cama, y me le encontré allí tan bruscamente, me sobrecogí de un modo, que... vamos, no me atreví... Oh! si hubiese estado peor me hubiese arriesgado... pero estaba mejor, y no tuve... quiero decir... tuve miedo.

Luisa. Pero, por qué?

Cárlos. Diré á usted. Mi primo, naturalmente no es bueno, que digamos... ni tampoco malo; pero tiene sus cosas... es decir, sus interioridades, que le ponen de un humor de todos los diablos; y cuando está asi, no hay quien se le acerque... primero daria una muela, que un cuarto; y no es porque le escaseen... los cuartos, digo, no las muelas. Cuatro mil duros de renta!.. Ahí es un grano de anís!.. los cuales ha ganado construyendo casas y vendiéndolas despues... Pero ya se ve, á fuerza de andar entre piedra berroqueña y pedernales, tiene el corazon mas duro que un guijarro en tratándose de dinero.

Luisa. De veras!

Cárlos. Escepto cuando está enfermo... y debo decir en alabanza suya, que casi siempre lo está. Unos dicen que son reumatismos que ha cogido con las humedades. Otros que es gota... lo que yo opino, es que son ambas cosas. Pero usted tiene un padre robusto y bueno que la quiere mucho, y no debe temer el hablarle.

Luisa. Ah! Tambien ha cambiado mucho su carácter de algun tiempo á esta parte.

Cárlos. Calle! Don Ignacio tambien?

Luisa. Apenas le dirige á uno la palabra... siempre está pensativo... triste... descontento... Pobre padre! Las cosas van tan mal para él... está tan agobiado de obligaciones!

Cárlos. Pues mire usted; ya lo habia sospechado yo eso mas de una vez... y cuando he visto que su padre de usted iba tan á menudo á casa de don Tadeo Garduña, el escribano de mi primo y mi principal, para lo que usted guste, he dicho acá para mi capote: «Malo...» porque cuando llega al estremo de recurrir al señor Garduña, es prueba de que ya no

le queda ningun recurso. Eh! Pero todo eso no vale nada. Quiere decir, que usted no posee bien alguno, ni yo tampoco. Tal para cual. Haremos una pareja muy igualita.

Luisa. (*Con recelo y mirando al jardin.*) Calle usted.

Cárlos. Qué es?... don Ignacio?

Luisa. No... sino que creía haber oido la voz del abuelo.

Cárlos. El señor Anselmo?.. Ah! ese si que es un viejo que vale mas oro que pesa... y qué genio tan alegre y tan campechano para sus años!.. Un hombre que tiene... Oh! sí... debe tener mas de ochenta años: no es verdad, Luisita?

Luisa. El abuelo?.. nada de eso... hasta antes de ayer no cumplió los sesenta y cinco.

Cárlos. No mas?.. Bien es verdad que es una edad escelente; y aqui donde usted me ve, me alegraria tenerla... (*Reflexionando.*) mas tarde... mucho mas tarde... Pero qué... si es de un humor!.. Como que cuando se pone á jugar con Enrique, me da un gusto, que si no fuera por el miedo de que dijeran que un zángano como yo se ponia á jugar, empezaba á retozar con ellos. (*Mira por la puerta.*) Mírelos usted; mírelos usted allá abajo... qué tal... (*Dando un grito.*) Oh!.. creí que se estrellaba.

Luisa. Cielos! Pobre abuelito!

Cárlos. Por fortuna que tropezó en Enrique. Ea, ya empiezan otra vez. Qué carcajadas dan!.. Pobre anciano!.. Segun parece, él no sospecha nada?

Luisa. Nada, y por eso temia que nos oyese. Ya ha reparado alguna vez en el aire taciturno de mi padre... y eso, que nosotros hacemos todo lo posible porque no eche de ver lo apurados que estamos... es tan bueno!.. tan pundonoroso!.. que!.. si llegaba á figurarse que nos era gravoso en lo mas mínimo, no sé lo que sucederia.

Cárlos. Sí, sí; ya entiendo.

Luisa. Por fortuna, es al mismo tiempo tan confiado y tan fácil de engañar!... Eso es lo que le ha perdido.. porque si no lo hubiera sido, no necesitaria de nadie en el dia.

Cárlos. Oiga!

Luisa. Sí; le he oido hablar de ello muchas veces con mi padre. El abuelo recogió hace ya mucho tiempo por caridad en su casa á un jóven, al cual cedió despues una parte en sus empresas... en la construccion de varias casas.

Cárlos. Hola!.. tambien construia casas... como mi primo.

Luisa. Y aquel jóven le engañó... le abandonó... no sé á punto fijo como fue... pero lo cierto es que mi abuelo quedó arruinado.

Cárlos. Ah! pues lo que es en eso, no hizo como mi primo, que tiene dos soberbias casas con ventanas á la italiana y azoteas con jarrones y muchos pisos, todo á la moderna... los cuartos parecen jaulas de grillos... Yo vivo con las golondrinas... en una bohardilla...Pero no me importan las casas... que se las guarde... que se las dé á doña Juliana ó á su amigo don Tadeo... lo que yo ambiciono únicamente es la mano de usted.

Luisa. Sí... pero mas tarde.

Cárlos. Cómo mas tarde!.. nada de eso... Voy corriendo á la escribanía: si don Tadeo ha vuelto de su partida de caza, vengo derechito á avisárselo á su padre de usted, y de camino me declaro.

Luisa. Oh, no haga usted tal.

Cárlos. Hija mia, no hay remedio... estoy muy decidido... La declaro á usted que me declaro. (*Oyese dentro á Anselmo.*) Eh! aqui viene el abuelo. Y como le corresponde el saberlo por derecho de antigüedad, voy á empezar por él.

Luisa. No, no; digo que mas tarde.

Cárlos. Nada... pues bien... mas tarde... Ya que usted no quiere, aguardaré; pero la aseguro que... va usted á desesperarme, y á ser causa de que haga alguna barrabasada. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA III.

LUISA, *poco despues* ANSELMO *y* ENRIQUE.

Luisa. Pobre Cárlos... me ama tanto! Ah! si nuestra situacion fuera mejor...

Anselmo. (*Sale enredado en una red: Enrique viene*

tirando de ella.) Enrique, basta. Vamos, acabemos con los juegos... déjame.

Enrique. (*Le deja solo y se retira.*) Bien abuelito, sal tú solo.

Anselmo. (*A Luisa.*) Luisa, ayúdame. (*Luisa le ayuda á salir de la red.*) Es que no basta con decir: «bien, abuelito» y escaparse; sino que debe usted estarse quietecito y escucharle... Calla! dónde está?.. Luisa, cógeme á ese buena pieza, y tráele aqui, hija mia. Si tuviera las piernas tan firmes como á los quince años, te aseguro, perillan. (*Enrique se escapa, y empieza á dar vueltas alrededor de la mesa. Despues hace que se va.*) Venga usted acá, señor Enrique. Ya sabes lo que te tengo prometido si eres bueno.

Enrique. El qué?

Anselmo. Aquellos reyes magos tan grandes y con tantas plumas que vimos en Santa Cruz: te acuerdas?

Enrique. (*Acercándose algo.*) Sí, y qué mas?

Anselmo. Hum!.. qué mas?.. Y aquel aguilucho de mazapan que estaba en la confitería. Eh! qué tal?

Enrique. Ah! sí... el aguilucho y un cangrejo de caramelo...

Luisa. Pero qué, abuelito, va usted ahora á meterse en gastos por ese buen alhaja?

Anselmo. Qué quieres, hija; si al pobrecillo le han entrado ganas de comerse un retrógrado de caramelo, y un aguilucho de mazapan... ya ves que no debo quitarle ese gusto... pero ha de ser sin embargo con una condicion (*Saca las gafas y las limpia.*); y es que me ha de dar la leccion de leer sin equivocarse un punto.

Enrique. Ay! eso no... luego, luego.

Anselmo. (*Poniendo las gafas sobre la mesa.*) Cómo luego?.. en seguidita... Esto es... Vamos, Enrique, sé buen muchacho; ya sabes que me digiste que querias jugar al haro, y hemos jugado al haro; despues digiste que querias jugar á la pelota, hemos jugado á la pelota, y... hemos roto un vidrio, que es mas. Ahora (*Va á coger papel y una pluma: Enrique pilla las gafas, se las pone y mira al público; en seguida se las quita, las limpia y repite la misma*

accion.) vamos á jugar á otra cosa, para descansar... Calla! donde están mis gafas? juraria que las habia puesto... No las has visto tú, Luisa.

Luisa. No señor. (*Las busca.*) Las habrá usted dejado caer en el patio?

Anselmo. Si está aqui el estuche.

Luisa. O las habrá escondido Enrique para que no pueda usted darle leccion.

Anselmo. Oiga! no faltaria mas!... eso es lo que yo quisiera ver para...

Luisa. (*Señalando á Enrique.*) Mire usted, mire usted...

Anselmo. Ah! esto ya es demasiado... Enrique venga usted aqui corriendo á llevar castigo.

Enrique. Castigo... gracias... estimando, abuelito.

Anselmo. (*Dando una patada en el suelo con tono amenazador.*) Señor Enrique!...

Enrique. (*Imitándole.*) Señor abuelo!

Anselmo. (*Riendo.*) Ja! ja! ja!... que le parece á usted esa planta, ja, ja!

Luisa. (*Bajo.*) Pero abuelo no se ria usted... si usted le da alas...

Anselmo. Que quieres? no lo puedo remediar... me hace recodar cuando yo era de su edad... tenia una cabecita por el estilo... en tratándose de diversiones... brrr!.. libros, planas, tinteros... todo iba rodando.

Luisa. Pero no diga usted eso delante de él.

Anselmo. Es verdad... (*Haciendo por ponerse serio.*) Vamos, señorito, acérquese usted, sea usted docil ó de lo contrario no habrá cangrejos... ni reyes magos ni nada...

Enrique. Ca; usted siempre dice eso, pero luego me los da de todos modos.

Anselmo. (*A Luisa.*) Qué tal? cómo me conoce!.. Ven aqui á darme un abrazo... Vamos, arrapiezo, no le importa á usted nada que el abuelo no le quiera?

Enrique. Oh! eso sí. (*Corriendo.—Anselmo le abraza y le tiene junto á sí.*)

Anselmo. Asi me gusta... Los muchachos han de ser obedientes... en no contrariándole, hago de él todo que quiero.

Luisa. Sí... de ese modo.

Anselmo. Es necesario saber educar á los chicos... Mis

gafas... (*Enrique le pone las gafas.*) ¡Que maña tiene este muchacho; hace de sus manos todo lo que quiere. Esto es... Dónde quedamos ayer?

Enrique. En la fábula de las dos comadrejas.

Anselmo. Muy bien. (*Buscando.*) Pero donde estan las hojas?.. y los *ejemplos morales*?

Enrique. Ah! si... aguarde usted. (*Va á una arca y saca de ella varios juguetes, peones, un tambor y algunas pájaras de papel, que coloca en el teatro.*

Anselmo. A donde vas, diablillo?... qué es lo que haces!... si lo que te pido son los *ejemplos morales.*

Enrique. (*Trayéndole dos pájaras.*) Aqui estan las fábulas por el pronto.

Anselmo. Jesus! qué veo!... Has roto las fábulas para hacer pájaras... Pero... pero hombre que mal hechas están! (*Fijando la atencion en las pájaras de papel.*)

Enrique. (*Trayéndole el tambor que está roto y compuesto con papel.*) Y aqui tiene usted los *ejemplos morales.*

Anselmo. Cómo se entiende! Tambien los ejemplos!... pues da usted buena cuenta de los libros, señorito.

Luisa. Cuando le digo á usted que es un holgazan que no sabrá hacer nunca nada.

Anselmo. Dices bien... Quite usted allá, destrozon; no quiero verle. Se ha figurado usted que su padre tiene montes de oro que dejarle cuando se muera... Mala vergüenza debiera darle!... Vea usted. Un muchacho que no piensa mas que en comer... en ir bien vestido, en que le compren juguetes... Cree usted que su padre es algun príncipe?.. Pues no señor... su padre de usted no es rico... (*Bajo á Luisa.*) Bueno es hacérselo creer... (*Alto.*) No, señor... es un pobre artesano... y si no fuese porque pasa los dias y las noches trabajando.

Luisa. (*Aparte.*) No sabé él la verdad que dice.

Anselmo. Responda usted... que seria de usted á no ser por eso?... En vez de que estudiando y aplicándose... (*Mirándole dar cuerda al peon.*) Pero hombre, que haces? sino es por ese lado... por aqui... por aqui se da la vuelta. (*Se le coje.*) Trae, trae, porque sino... mire usted aqui... Si digo yo bien... ni sabe dar cuerda á un peon... Oh qué vergüenza!...

Acércate, mira... lo ves?... Se coje asi... en seguida... se moja la punta. (*Cambiando de tono.*) Lo ves, hombre?.. es preciso aplicarse y ser mañoso. (*Enseñándole lo que hace.*) Ya vas aprendiendo, no es verdad?

Enrique. Sí, abuelito.

Anselmo. Es preciso estudiar cosas útiles.

Enrique. Sí, abuelito.

Anselmo. Sí, abuelito... siempre dices eso... pero no piensas mas que en jugar... y cuando se trata de dar leccion no quieres atender.

Enrique. (*Mirando con mucha atencion lo que hace Anselmo.*) Sí tal, abuelito.

Anselmo. Eh!... esto es.

Enrique. Ay! tráigale usted, tráigale usted ahora.

Anselmo. Bah! quita de ahí... si no sabes nada... aparta, aparta... voy á enseñarte.

Luisa. Pero señor... se va usted á poner á jugar al peon.

Anselmo. Y por qué no?... porque soy viejo?... y eso qué importa?.. Me parece que fue ayer cuando jugaba... Ven, mira, se coje asi y despues se tira... Allá vá. (*Arroja el peon: Enrique coje el tambor y se pone á tocar y á gritar en la puerta del foro.*)

Enrique. Adelante, adelante... señores, entren ustedes y verán por dos cuartos jugar al peon al abuelo Anselmo.

Anselmo. (*Con el peon en la palma de la mano.*) Qué oigo?... Pues me gusta... ahora se pone á gritar á la puerta para que vengan á verme... quieres callar alborotador?

ESCENA IV.

Dichos. IGNACIO.

Ignacio. (*Dentro.*) Bueno, estoy enterado... basta ya... dejadme en paz. (*Se oye dentro una disputa.*)

Luisa. Mi padre! Ay! Dios mio! y todo esto por el suelo. (*Recoje los juguetes.*)

Ignacio. Vaya con mil diantres... (*Sale por la puerta del foro.*) Insolentes!... Siempre dinero... si le tuviera

no daria lugar á que me le pidiesen. (*Reparando en Anselmo.*) Ah! es usted, señor suegro... Qué tal se encuentra usted esta mañana? (*Reparando en el desorden de los muebles.*) Pero qué es esto?... (*A Luisa.*) Luisa qué significa el desorden que advierto en esta sala?

Anselmo. Qué?... este... Ah! si... te diré... el chico ha querido... y entonces Luisa...

Ignacio. (*Poniendo unos papeles sobre la mesa y examinándolos con atencion.*) Enrique... Luisa... esto es... aqui todos juegan... no es verdad... todo el mundo se divierte sin pensar en lo demas! Y qué tiene que hacer aqui Enrique?.. por qué no está en la escuela?

Anselmo. Te diré... no es culpa suya... él bien queria... he sido yo... Me he levantado tarde... y despues me acompañó á almorzar y... en fin como el tiempo se pasa tan pronto. A no ser por eso hubiera ido.

Ignacio. Oh! sí.

Anselmo. Ya se ve, es un muchacho que adora los libros, muy estudioso. No es verdad, Enrique que te gusta mucho ir á la escuela?

Enrique. Nada de eso, abuelo.

Anselmo. (*Bajo á Enrique.*) Muchacho, quieres callar!

Ignacio. Ya lo oye usted! Poca aprension! Venga usted aqui...

Anselmo. Eh! no. Si es que habrá entendido mal la pregunta. (*Bajo á Enrique.*) Escápate.

Ignacio. No, déjele usted... Enrique...

Anselmo. Pero, hombre... Si no era eso lo que él queria decir. (*Bajo al muchacho que se esconde detras de él.*) Escápate, chico. (*Enrique echa á correr por la puerta del foro.*)

ESCENA V.

Dichos menos ENRIQUE.

Ignacio. Usted le echa á perder, le da demasiadas alas.

Anselmo. (*Aparte.*) Sí, sí... gruñe ahora cuanto quieras, ya no puedes pegarla con él.

Ignacio. En vez de reprenderle le mima y le consiente.

Anselmo. (*Aparte.*) Pues... que le reprenda... pobre angelito... Si esperas hasta entonces...

Ignacio. Y una vez que usted se ha propuesto no castigarle aunque haga lo que haga, me tomaré yo ese trabajo.

Anselmo. (*Aparte.*) Oh!... lo que es eso... allá lo veríamos; tocarle á él... jum!

Ignacio. Ya no hay paciencia que baste, no hay mueble sano con él en la casa... Dígalo sino esta sala... Aunque uno tuviera miles de miles.

Anselmo. Vaya... vaya... en cuanto á eso, hijo mio, no eres justo... los muchachos es preciso que jueguen... y tú no tienes que ver en que yo le compre trebejos y enredos... Eso corre por mi cuenta... Todo ello sale de mi asignacion.

Ignacio. Sí... la asignacion.

Luisa. (*Bajo á su padre.*) Padre!

Ignacio. Bien está... pero aunque eso sea, le parece á usted que si los jornaleros que han entrado hasta aquí á pedirme dinero hubiesen visto...

Anselmo. Si hubiesen entrado, los hubieses pagado y asunto concluido.

Ignacio. Eso es... pagar!... pagar!

Anselmo. Sí por cierto, se les paga y Cristo con todos.

Ignacio. Eso es muy facil de decir... pero.

Anselmo. Vamos... hoy estás de mal temple... hace algun tiempo que tienes un no sé qué...

Ignacio. (*De pronto.*) Ah!... pero nunca contra usted, ya lo sabe usted bien. Es verdad que hoy estoy algo incómodo... disgustado... pero...

Anselmo. Por el chico?

Ignacio. (*Aparte.*) Pluguiese el cielo que no tuviera mas pesares que ese.

Anselmo. Vaya, pues tranquilízate... yo estaré á la mira, aunque no hay necesidad... Oh! él despunta para el trabajo... Apuesto á que ahora está estudiando... con tanto juicio como una persona mayor. (*Oyese romper un vidrio dentro, y salta una pelota al teatro.*) Ay! Dios mio! Con este van dos.

Ignacio. Otra vez. Ah! (*Levantándose.—Hace que se vá.*)

Anselmo. No, no, déjame á mí... yo iré.

Ignacio. Anda á buscarle, Luisa.
Anselmo. No hagas tal, Luisa.
Ignacio. Señor suegro!
Anselmo. No quiero que tú vayas... Déjame á mí. Yo le compondré... Ah! bribonzuelo... ahora verás... aguarda... aguarda... (*Vase por el foro.*)

ESCENA VI.

IGNACIO. LUISA.

Ignacio. Sí... eso es... usted... (*A Luisa.*) Y tú, que haces ahí... tienes tambien algo que mandarme?...
Luisa. Yo, padre mio... nada.
Ignacio. No es poca dicha... porque aqui parece que todo el mundo ha hecho propósito de desesperarme; el muchacho por un lado, el viejo por otro... Oh! pues es preciso que todo ello acabe de una vez.... y pronto.
Luisa. Por Dios, padre mio... Si el abuelo os oyera...
Ignacio. Eh! diablos!... Y que me oyera?...
Luisa. (*Tapándole la boca.*) Padre mio!
Ignacio. Vamos, bien, callaré!
Luisa. Pobre señor!... Pero qué tiene usted, padre mio? Qué le ha sucedido á usted que asi nos trata de poco tiempo á esta parte.
Ignacio. Nada, nada... (*Luisa se echa á llorar.*) Qué veo!.. Lloras, Luisa... hija mia, mi escelente Luisa! Vamos, enjuga esas lágrimas, basta ya... yo te lo pido... he hecho mal... Oh! son tantas las desgracias que me agobian.
Luisa. Pobre padre!... Há ya tiempo que lo he conocido... Trabaja usted sin descanso, se priva de todo, y sin embargo no puede verse libre de tanto importuno acreedor como viene á llamar á su puerta... Pero todo tiene un término, padre mio... consuélese usted.
Ignacio. (*Desanimado.*) Ayer creia yo eso mismo, Luisa, pero hoy he perdido ya todas las esperanzas.
Luisa. Pues cómo?
Ignacio. No ignoras que los empresarios á quienes suministré materiales el año último han quebrado; que

mi corto caudal y hasta mis ahorros los perdí por ellos; que á consecuencia de aquel terrible golpe me encerré en mi taller esperando reparar mis pérdidas á fuerza de constancia y trabajo. Tampoco ignoras el poco fruto que he sacado de mi determinacion; pues esta mañana han venido á decirme los oficiales que si no les hacia algun adelanto sobre lo que les adeudo, iban á dejar el trabajo; les he dado hasta el último maravedí que me quedaba... hasta el último maravedí... entiendes, hija mia?

Luisa. Sí, y qué han dicho?

Ignacio. Se lo han guardado; han dicho que aquello no era bastante y se han despedido.

Luisa. Pues bien, padre mio, yo trabajaré dia y noche si es preciso; no se desconsuele usted.

Ignacio. Pobre Luisa! Tu trabajo no puede sacarme del apuro en que me hallo. No tengo nada, nada, hija mia,... he dicho mal... tengo cuatro personas que mantener... y te juro que no sé como.

Luisa. Dios mio! es posible que hayamos llegado á ese estremo... Oh! no se lo diga usted al abuelo... nos quiere tanto... que se moriria de pesadumbre! Ademas, de un dia para otro pueden volverle á pagar su pension de tres mil reales.

Ignacio. Sí, buenas trazas llevan de pagarle. Hace seis meses que no ha cobrado un cuarto de esa asignacion: si no nos quedase mas recurso que ese...

Luisa. Luego teneis esperanzas en otro.

Ignacio. Sí, pero ¡qué esperanzas en la caridad de un usurero!... de don Tadeo el escribano!... Porque no te lo he dicho todo... he dejado protestar una letra y mañana tal vez... la justicia...

Luisa. Oh! no penseis tan tristemente, ese escribano se apiadará tal vez.

Ignacio. Le debo ya mucho y temo que se niegue. Ah! si se tratase de hacer un prestamo á algun libertino, disipador, no habria bolsillo cerrado para él... pero cuando el que pide es un pobre artesano, un padre de familia que no tiene mas bienes que sus brazos, ni mas valer que su honradez, entonces todo el mundo permanece sordo á sus quejas. El lote del hombre pobre y honrado es trabajar y sufrir... solo en

el cielo está su esperanza y el premio de sus desvelos. Muere y acaba entonces su miseria porque allá arriba le aguarda la felicidad... los pícaros se quedan en la tierra, y por eso sin duda abundan tanto aqui abajo... En fin, ya es fuerza decidirse... Voy á casa del escribano... Dios quiera que esté ya de vuelta. (*Vase hácia la derecha.*) Pero si no me engaño aquel que viene hácia aqui es su escribiente.

Luisa. El señor Cárlos?

Ignacio. El mismo... me alegro... asi podrá enterarme.

ESCENA VII.

Dichos y CÁRLOS.

Ignacio. Qué hay? Vió usted á don Tadeo?

Cárlos. Esta mañana en cuanto llegó le entregué la esquela de usted.

Ignacio. Y que ha dicho?

Cárlos. Nada...

Ignacio. Nada?

Cárlos. Es decir... no lo sé á punto fijo; será muy posible que haya dicho algo, pero yo tenia que llevar unos papeles á cierta casa y he aprovechado la ocasion para venir á avisar á usted su regreso.

Ignacio. (*Aparte.*) Aun no está todo perdido. (*Alto.*) Muy bien, doy á usted las gracias.

Cárlos. No hay de que, señor don Ignacio.

Ignacio. Si (*A Luisa.*) volviesen los jornaleros... ó el que traiga la letra, los harás esperar.

Luisa. Bien, padre mio.

Cárlos. Señor don Ignacio.

Ignacio. Eh?...

Cárlos. Digo que... que no haria usted mal en marcharse corriendo, porque mi principal puede tener que hacer y...

Ignacio. En efecto. (*Aparte.*) Vamos... probemos por este lado y haga Dios que me salga bien. (*Vase precipitadamente por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VIII.

CÁRLOS. LUISA.

Cárlos. Vaya usted con Dios... Pues, señor, se marchó sin decir una sola palabra... Sabe usted, Luisita, que su padre tiene cada vez el gesto mucho mas... quiero decir, mucho menos risueño.

Luisa. Es que nuestros asuntos van cada vez peor, señor Cárlos... Y si su principal de usted no consiente en hacerle un nuevo adelanto...

Cárlos. Oh! pierda usted cuidado... consentirá... Ademas, que acaba de ocurrírseme una idea... pero qué idea!.. peregrina!.. Pues, señor, cuando venia echando chispas hácia aqui... porque á mí no se me ocurren ideas mas que asi... al trote... Como iba diciendo... se me ocurrió lo siguiente... Ya que mi primo es el que proporciona fondos al señor Garduña, y este los presta bajo un buen interes á vuestro padre y otros mil necesitados... ¿por qué en vez de andarse por las ramas, no se dirige don Ignacio en derechura á mi primo?

Luisa. Tiene usted razon.

Cárlos. Eh? Eh? Qué tal?.. Y en seguida he continuado mi soliloquio, y he acabado por sacar en limpio lo siguiente: don Ignacio es la flor y nata de los hombres de bien... mi primo le puede prestar algunas talegas... su padre de usted vuelve á hacer fortuna con ellas, y premia mi peregrina idea concediéndome la mano de usted... esta preciosa mano, que quisiera ver yo engarzada en perlas... Eh? (*Se la coge y la besa.*)

ESCENA IX.

Dichos. ANSELMO.

Anselmo. Hola! hola! bien, perfectamente.

Luisa. El abuelo!

Anselmo. Pues señor, me gusta. Qué callado lo tenias, Luisita. No sabia yo... bien dicen que por viejo que

uno sea, siempre tiene algo que aprender. (*Saluda.*) Caballerito, celebro mucho que... Calla! Si es el escribiente del señor Garduña, Carlitos...

Luisa. Sí, abuelito, es el señor Cárlos.

Cárlos. Sí señor; soy yo, señor Anselmo.

Anselmo. Yo no niego que sea usted... pero esa no es razon para... Me quiere usted decir quién le ha dado el permiso de...

Cárlos. Permiso?.. Toma! Es el caso... la verdad, yo no habia pensado en que le necesitaba.

Anselmo. Cómo!..

Cárlos. Pero aun no es tarde... se le pediré á usted.

Anselmo. Eso ya es otra cosa.

Cárlos. (*Cogiendo la mano de Luisa.*) Ah!..

Anselmo. Poco á poco. (*Dándole en la mano.*)

Cárlos. Pero, señor, si ya he pedido el per...

Anselmo. El per... Es que yo no le he dado á usted todavía ningun per...

Cárlos. En fin, sepa usted que yo he venido á solicitar la mano de Luisita.

Anselmo. Hola!

Cárlos. Y á participarla al propio tiempo mi proyecto.

Anselmo. Qué proyectos?

Cárlos. Mis proyectos de casamiento.

Anselmo. Ah! eso ya muda de aspecto... y pues sus miras de usted son buenas, habrá hablado usted ya con Ignacio...

Cárlos. Todavía no, pero...

Anselmo. Entiendo... queria usted saber antes si Luisa... pues vaya, muchachos, una vez que os amais, yo me encargo de arreglar el asunto... y lo mas pronto posible; porque yo... no estoy ya para dejar correr el tiempo: con que si quereis que asista á la boda, es preciso apurar las cosas.

Cárlos. Sí, eso es... apriete usted, apriete usted.

Anselmo. Voy á hablar yo mismo á Ignacio.

Luisa. Todavía no, abuelo.

Anselmo. Y por qué?

Luisa. Porque... el señor Cárlos... no puede todavía... yo no tengo dote.

Anselmo. Toma!.. Tu padre te le dará... yo se lo diré.

Luisa. No, no le pida usted nada.
Anselmo. Pero, hija, si es su obligacion... y sino, yo te le daré, muchacha.
Luisa. Usted!
Anselmo. Pues ya se ve... para qué está la asignacion?.. te la cedo toda. Asi como asi hace tiempo que no os he dado nada, y me desquitaré de ese modo.
Cárlos. (*Aparte.*) Pobrecillo! nos da lo que no tiene... (*Alto.*) Señor Anselmo, es usted el modelo de los abuelos. Jamas olvidaré lo que quiere hacer por nosotros; y en prueba de mi agradecimiento, me alegraré que nuestros hijos se le parezcan á usted... si llego á tenerlos.
Anselmo. Sí, porque no era cosa de que ahora me salieseis con esa.
Cárlos. Hasta luego, señor Anselmo; voy á hacer unas diligencias. (*A Luisa.*) Luisita, pida usted á Dios que nos conserve á su abuelo... es un escelente hombre, que nos daria un millon si le tuviese... No sabe usted cuánto me alegraria de que tuviese usted un millon, señor Anselmo... No descuide usted el asunto, y hasta la vista.
Anselmo. Vaya usted descuidado. Yo me encargo de todo.

ESCENA X.

LUISA. ANSELMO.

Anselmo. Estoy loco de alegria... Ahora no falta mas que hablar á tu padre y hacer los preparativos.... Vamos, alégrate, muchacha. Tienes una cara tan séria, que parece que no tienes nada que ver en esta boda.
Luisa. Es que usted ya lo da todo por hecho.
Anselmo. Ya se ve... pues qué falta? Los dos os quereis... os doy mi pension... os casais, y asunto concluido.
Luisa. Sí; pero ya sabe usted que hace mucho tiempo que no hemos visto un cuarto de la asignacion... y como usted no conoce siquiera al que se la ha señalado.
Anselmo. Sí tal que le conozco... es Gimenez... un so-

brestante... que estuvo á pique de quedar arruinado por una casa que se le quemó, y despues volvió á levantar cabeza con lo que yo le adelanté.

Luisa. Está usted equivocado, abuelito; mi padre ha escrito á ese Gimenez, recordándole el pago de los dos trimestres atrasados y...

Anselmo. Y qué?

Luisa. Y ha contestado secamente que él no tenia nada que ver en eso.

Anselmo. Entonces no es él... pero quién puede ser?

Luisa. Nosotros sospechamos de otra persona... de aquel dependiente de usted... ya se acordará usted... de aquel jóven que entró en varias empresas con usted, y despues le puso pleito.

Anselmo. Quién?.. Antonio? Calla, calla; no me hables de él. Le queria tanto!.. No faltaba mas, sino que despues de haberme arruinado, viniese ahora á darme limosna con mi propio dinero. Voy corriendo á decir al comerciante que renuncio á esa asignacion.

Luisa. No, no vaya usted... Lo que he dicho no es cierto: he querido probar si estaba usted siempre enfadado contra ese jóven.

Anselmo. Que si lo estoy!.. Oh! jamas le perdonaré... Un ingrato á quien recogí y... primero que recurrir á él, preferiria morirme de hambre.

Luisa. Vamos, tranquilícese usted. Vuelvo á decir que no se trata de él... el que paga la pension es ese Gimenez que usted dice.

Anselmo. Bueno, bueno. Me has enfadado... Ya sabes que no quiero oir hablar de ese miserable.

Luisa. (*Acariciándole.*) Abuelito.

Anselmo. Yo me vengaré... Deja que me paguen y verás. Se me ha metido en la cabeza que hoy me han de traer el dinero que me deben... Ya verás entonces... Qué contento se va á poner Enrique!.. Ah! ahora que me acuerdo, voy á ver. (*Va á mirar por la puerta.*) Le he puesto de rodillas por lo del vidrio... y para que el pobrecillo no se aburriera, le he puesto delante una casita con naipes... A los muchachos no se los puede tratar con tanto rigor como á una persona... Estará enfadado... Oh! si cobro hoy ese dinero he de ponerle contento... Quiero que to-

dos los que me rodean sean felices. (*Yendo á salir.*) Pobre criatura!

ESCENA XI.

Dichos. IGNACIO.

Ignacio. Ah! me alegro encontrarte aqui, Luisa; traigo buenas noticias.

Luisa. Ha visto usted al escribano?

Ignacio. Y me ha prometido setenta duros... No ha dejado de costarme trabajo, pero al fin, le arranqué la palabra... Hoy mismo pagaré á los oficiales, y volverán á emprender sus trabajos... Don Tadeo estará aqui dentro de poco con el dinero.

Anselmo. (*Que lo ha oido.*) Eh?.. Don Tadeo con el dinero?

Ignacio. Sí, señor suegro.

Anselmo. Qué tal, Luisa? No te lo decia yo?

Ignacio. El qué?

Luisa. (*Bajo.*) Oh! nada... nada, padre mio.

Anselmo. Qué gozo!.. Ahora me alegro de que se hayan atrasado. Asi cogeré seis mesadas juntitas... Medio año!.. Si cuando á mí me da el corazon una cosa...

Ignacio. (*Riendo.*) Oiga! Con que le habia á usted dado el corazon que...

Anselmo. Pregúntaselo á Luisa. No hace un instante que la he dicho: se me ha metido en la cabeza que no ha de pasar el dia sin que yo cobre mis atrasos.

Ignacio. Pero si no se habla... (*Se detiene á una seña de Luisa.*)

Anselmo. Cómo? Pues qué? no es... (*Se queda pensativo.*)

Ignacio. Quédate aqui, Luisa; voy á ver si encuentro á alguno en el taller.

Anselmo. (*Aparte y con desconfianza, despues de haber oido lo que decian.*) Otra vez... Pero señor... qué significa?

Luisa. (*Bajo á Ignacio.*) Bien está... y sobre todo, no diga usted delante de él...

Ignacio. Descuida... Pobre viejo! Es tan bonachon!

Anselmo. Qué diablos estan ahí cuchicheando. (*Consigo mismo.*) No hay remedio, es preciso que yo averigüe...

Ignacio. Avísame tan luego como llegue don Tadeo.

Anselmo. (*Deteniéndole.*) Ignacio!.. oyes, Ignacio... espera un poco, hombre... ese dinero me ha dado en que pensar.

Ignacio. Toma! y por qué?.. Vaya, vaya, suegro mio, no se apure usted por nada... paséese usted, cuídese, y deje lo demas á mi cargo. (*A Luisa.*) Quedas en avisarme. (*Vase por el foro.*)

ESCÈNA XII.

Dichos, menos IGNACIO.

Anselmo. Pero, hombre escucha. (*A Luisa.*) Luisa, ven aqui tú, y mírame bien. Dios prohibe mentir, hija mia, y sobre todo mentir á un anciano... porque los viejos se ven obligados á ser crédulos, y no tienen las fuerzas suficientes para correr en busca de la verdad... Me vas á decir la verdad... qué dinero es ese?..

Luisa. Otra vez!.. Ay! abuelito, qué feo es eso de estar pensando siempre en el dinero.

Anselmo. Oh! tú quieres evadir la respuesta... pero soy perro viejo... lo que no alcanzan á ver los ojos, lo adivina el corazon, hija mia... En casa hay algun apuro.

Luisa. Apuro! Qué está usted diciendo!

Anselmo. Sí le hay, no me lo niegues; los menestrales tienen ciertas temporadas... en que no se gana lo suficiente... y si es asi, haríais mal en no decírmelo... porque en esos casos, todo el mundo se da la mano, y yo os ayudaria... trabajaria...

Luisa. Usted!.. y quién le habia de dar á usted fuerzas?....

Anselmo. Tienes razon... (*Llevándose la mano al corazon.*) Pero, anda... cuando este es bueno... sobra lo demas... Ea, voy á buscar á Ignacio... Es necesario que me dé algo que trabajar.

Luisa. (*Aparte.*) Pobre señor!.. (*Alto.*) Si le digo

usted que es inútil... que no nos hace falta nada.

Anselmo. De veras, de veras?.. Míralo bien... (*Luisa hace una seña afirmativa.*) Mas vale asi... porque has de saber que esta idea no es de hoy solamente, sino que se me habia ocurrido hace ya dias.

Luisa. Vaya, déjese usted de eso.

Anselmo. En fin; una vez que tú dices que no... Yo te creo incapaz de engañarme.

Luisa. Sí por cierto. (*Aparte.*) Dios me perdonará esta mentira.

Anselmo. Ah! ya respiro... acabas de quitarme un peso enorme del corazon... Cuando se me ocurrió que podíais estar pobres, apurados... que yo tal vez os era gravoso, me han asaltado unas ideas... no sé de dónde diablos he ido yo á sacar tales ideas... tenia ganas de morirme.

Luisa. Dios mio!

Anselmo. Calla, calla... no tengas miedo ya... morirme?.. Soy demasiado dichoso para pensar en morirme ahora.

Luisa. Cielos! Don Tadeo. (*Viendo salir á don Tadeo por la puerta de la derecha.*)

Anselmo. Y... mira... justamente... todo se junta hoy... aqui tienes á don Tadeo, que viene con mi dinero... Bien venido sea mi dinero y su introductor.

ESCENA XIII.

LUISA. ANSELMO. DON TADEO.

D. Tadeo. Eh? Su dinero?..

Luisa. (*Dirigiéndose á él con precipitacion.*) Decidle que sí... para no disgustarle...

D. Tadeo. Ah! bien, bien. (*Alto.*) Sí, señor Anselmo, usted es el que me trae aqui.

Anselmo. Dios se lo pague...

D. Tadeo. (*A Luisa.*) Aqui está el dinero. (*Luisa coge el saquillo y le mete en un cajon de la mesa.*) Y don Ignacio?

Luisa. Ahora saldrá.

Anselmo. Con que es decir... que tenemos aqui... setenta duros y pico. (*Yendo hácia la mesa.*)

D. Tadeo. Eh?.. (*Luisa le detiene.*) Ah! sí... Eso es,

señor Anselmo... (*Aparte.*) Pobre viejo! (*Alto á Luisa.*) Luisita, una palabra, y usted perdone... Con permiso, señor Anselmo.

Anselmo. Usted es muy dueño. (*Se sienta, saca una cartera y empieza á hacer cuentas.*) Yo voy á arreglar aqui mis cuentas. Siga usted, siga usted.

D. Tadeo. Ahí está la cantidad (*A Luisa.*) en que hemos convenido... La palabra es palabra... Su padre de usted me ha autorizado para que me vaya cobrando ese dinero del primero que entre de la asignacion del abuelo... en cuanto á los intereses... ya usted sabe... seis por ciento; el precio de ley. Ah! se me olvidaba... y ademas... la gratificacioncilla por el corretaje... seis por ciento tambien... no quiero mas... y eso porque no gana uno para botas. Pero yo soy asi: con tal de hacer un favor... (*Continúa hablando en voz baja.*)

Anselmo. (*Sumando.*) Trescientos cuarenta reales!.. parece increible... estoy debiendo diez y siete duros por los regalitos de mis nietos... Pobrecillos! Se ponen tan contentos!

Luisa. (*A don Tadeo.*) Mi padre tendrá ya noticia de esas condiciones?

D. Tadeo. Sí, hija mia, y está conforme: los hombres de bien se entienden al momento. Con que ahí la dejo á usted los mil cuatrocientos reales vellon. Dígale usted que me firme esa obligacioncita... Aqui traigo yo papel sellado por si él no tiene. (*Saca medio pliego de su cartera.*)

Anselmo. (*Consigo mismo.*) Es decir, que me quedan cincuenta y ocho duros. (*Escribe.*) Ahora, una cadena de oro, una cruz y un pañuelo para Luisa... sin ejemplar y como regalo de boda... Poco me va á quedar para Enrique. Vamos á ver... (*Suma.*)

Luisa. Tenga usted la bondad de venir al cuarto de mi padre, para que no conozca nada el abuelo.

D. Tadeo. Sí, sí; dice usted bien. (*Vanse don Tadeo y Luisa.*)

Anselmo. Pues señor, ya está hecha la cuenta. (*Levantándose y guardando la cartera.*) Vamos á pagar mis deudas, y á emplear lo que me quede, antes de que se vaya marchando poco á poco este dinero que Dios

me ha enviado tan á tiempo. (*Abre el cajon y se guarda el dinero.*) Voy á ver si puedo escurrirme sin que lo noten. Qué sorpresa les voy á dar! (*Hace que se vá.*)

ESCENA XIV.

ANSELMO. LUISA. DON TADEO. *Poco despues* IGNACIO.

Luisa. Se marcha usted abuelito?

Anselmo. Sí, pero vuelvo corriendo... al momento. (*A Ignacio.*) Hola! todavia estás tú por aqui. (*A Luisa.*) Curiosa, apostaria á que tienes ganas de saber donde voy... pues no lo has de saber por ahora...Ya verás... hasta luego, hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA XV.

Dichos, menos ANSELMO.

Ignacio. A donde irá?

Luisa. Padre mio, aqui tiene á don Tadeo... el dinero está en ese cajon. (*Señalando á la mesa.*)

Ignacio. Muchas gracias por la exactitud, señor don Tadeo. Ese dinero me saca de un grande apuro y merced á él, podré satisfacer á mis dependientes. Dentro de dos dias voy á cerrar una contrata con uno de los mejores arquitectos de la capital, y podré satisfacer á usted aun antes de lo que pensaba...

D. Tadeo. Muy bien... pero si usted quisiera entretanto estenderme la obligacioncita...

Ignacio. Oh! si por cierto... Perdone usted que no lo haya ya hecho... pero tengo la cabeza... Luisa papel!...

D. Tadeo. No, no se moleste usted. (*Dirigiéndose hácia la mesa con Ignacio.*) Aqui traigo yo... usted ya sabe.

Ignacio. Sí, sí... como otras veces. (*Hablan bajo.*)

ESCENA XVI.

Dichos. CÁRLOS.

Cárlos. (*Que sale corriendo.*) Señor Garduña! Señor Garduña!

D. Tadeo. Qué es eso? qué hay?

Cárlos. (*Jadeando.*) Señor don Tadeo... señor... Ay! he corrido tanto que... mi primo.

D. Tadeo. Pero habla, demonio... Se ha puesto peor?

Cárlos. Quiere verle á usted... Doña Juliana ha venido corriendo...

D. Tadeo. Pues, no lo decia?... se ha puesto peor. (*A Ignacio.*) Dése usted prisa, amigo mío.

Cárlos. (*A Luisa.*) Parece que los asuntos van algo mejor que esta mañana.

Luisa. Sí.

Cárlos. Qué gusto!

Ignacio. (*A don Tadeo que está leyendo el recibo.*) Está bien?

D. Tadeo. Sí señor. (*A Cárlos.*) Vamos, vamos corriendo... no sea que... como tu primo es tan vivo, tan arrebatado... (*A Ignacio.*) Hasta la vista: Luisita, á los pies de usted. Ah! por aqui... saldremos á la calle de Alcalá y tomaremos un calesin para ir mas de prisa... Anda, hombre, anda. (*A Cárlos que se quedaba haciendo señas á Luisa.*)

ESCENA XVII.

LUISA. IGNACIO.

Ignacio. Vayan ustedes con Dios. (*Acompañándolos.*) Yo tambien voy corriendo á coger el sombrero y el libro de asiento para pagar á esas gentes... Luisa, saca tú el dinero entretanto y tráemele. (*Vase corriendo por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XVIII.

LUISA. *Poco despues* ANSELMO *cargado de juguetes.*

Luisa. (*Abriendo el cajon.*) Calla, no está!... dónde le habrá metido el abuelo?... (*Llamando.*) Abuelo!

Anselmo. (*Que viene por la derecha.*) Qué quieres?

Luisa. Diga usted... y el dinero dónde está?

Anselmo. El dinero? (*Enseñándola las compras.*) Aqui le tienes!

Luisa. Dios mio! le ha gastado usted?

Anselmo. Todo... Anda... que no todos los dias cobra uno la pension... Oh! no creas que te he olvidado... Mira que bonito pañuelo... y que reloj!... es el reloj de boda!

Luisa. (*Dejándose caer sobre una silla.*) Ay! abuelo! qué ha hecho usted?

Anselmo. Cielos! qué tienes hija?

Ignacio. (*Dentro.*) Luisa!

Luisa. (*Estremeciéndose y levantándose.*) Ah!

Anselmo. Qué es eso?... respóndeme... Dios mio, esa turbacion... ese llanto... Luisa, hija mia, pero que es lo que tienes? (*Llamando.*) Ignacio!

Luisa. No, no llame usted... no llame usted.

Anselmo. Pero por qué? entonces respóndeme... tú me ocultas alguna cosa... quiero saberlo; tu padre me lo dirá...

Luisa. No, (*Deteniéndole.*) no vaya usted, no vaya usted... déjeme usted tranquilizarle antes, déjeme usted prepararle y decírselo todo.

Anselmo. Pero el qué?

Ignacio. (*Idem.*) Luisa! Luisa! Vienes ó no?

Luisa. (*Corriendo hácia la puerta.*) Allá voy, padre mio.

Anselmo. Yo tambien voy.

Luisa. (*Echándose contra la puerta y apretándola.*) En nombre del cielo!... Si le ve á usted querrá saber qué se ha hecho su dinero!

Anselmo. Su di... Cómo?

Luisa. Sí, ese dinero... esos setenta duros, nuestro último recurso.

Anselmo. Acaba.

Luisa. Eran para pagar á sus jornaleros.

Anselmo. Y?

Luisa. Y eran prestados.

Anselmo. (*Aterrado.*) Prestados!

Ignacio. Luisa!

Luisa. Ah! (*Se precipita en el cuarto y cierra la puerta.*)

ESCENA XIX.

ANSELMO *solo.*

Prestados!... y era su último recurso!... Sí, asi lo ha dicho... su último recurso! Ah! Dios mio... y yo estaba creido... Es decir que se habian dado todos la mano para engañarme... para que no supiera que eran infelices... y he sido yo la causa de su ruina!... yo! su padre! Dios mio! Ahora lo recuerdo todo.... El semblante taciturno de Ignacio esta mañana.... Dios de bondad! qué es lo que he hecho! qué es lo que he hecho!... (*Oyense dentro las voces de Luisa é Ignacio.*) Eh! creo que habla, la pregunta... Oh! voy yo mismo, es preciso que sepa...

Ignacio. (*Dentro.*) Infeliz de mí, me ha arruinado!

Anselmo. Arruinado!

Ignacio. Que se quite de mi vista! que se marche.

Anselmo. (*Da un grito.*) Ah! qué es lo que has dicho? no, no; habré oido mal... seria horrible...Perdonadle, Dios mio;... le ciega la cólera, la desesperacion, pero es un buen hijo!

Ignacio. No, no... que salga de esta casa, no quiero verle.

Anselmo. Me echa! me echa de su casa! á su padre!.. Oh! eso es un crimen... No; quiero evitarle que le cometa; yo no he oido nada, no quiero haber oido nada, me marcho por mi voluntad. (*Dá algunos pasos y se detiene mirando al cuarto.*) Y me he de ir sin decirle nada, sin darle un abrazo... Oh! no, no tengo valor para tanto... Pero he de seguir estando á carga suya, quitándoles el pan de la boca? Jamas, jamas! Ah! seria un egoista!... un vil!... Partamos... partamos. (*Dá algunos pasos y se detiene.*) He sido tan feliz aqui!... Se acabarán para mí las sonrisas, los besos, las miradas... Dios mio! Dios mio! dadme valor. (*Viendo á Enrique que viene corriendo por el foro.*) Enrique! hijo mio! mi querido hijo!

Enrique. Ay! abuelito, qué es lo que tienes?

Anselmo. Nada... nada...

Enrique. Sí tal... estás llorando.

Anselmo. Yo llorando... ah! sí... lloro, porque... te diré... es preciso... tengo que hacer un viajecillo... y es necesario que me separe de tí, Enrique... A Dios... abraza á tu abuelo, hijo mio, abrázale bien, porque... (*Solloza.*) te acordarás de él, no es verdad?... aunque no le veas, porque ya no le verás en mucho tiempo.

Enrique. (*Llorando.*) No, no te vayas.

Anselmo. Pero no llores... no me voy para siempre... Dirás á tu padre y á tu hermana que... y los abrazarás muy fuerte, como yo á tí. (*Le abraza.*) Y les dirás... que ya nos veremos.

Enrique. De veras?

Anselmo. Sí, sí... de veras. (*Aparte.*) En el cielo. (*A Enrique*) Vamos, no llores mas y déjame... (*Haciendo por desembarazarse de él.*) Dios mio! cómo separarme de esta criatura? (*Busca en derredor suyo.*) Ah! toma, mira lo que te he traido, mira que bonitas cosas, Enrique!

Enrique. Ay! que bueno eres, abuelito. (*Saltando de alegria.*)

Anselmo. Toma... toma, es para tí.

Enrique. Todo?

Anselmo. Sí.

Enrique. Ay! que alegria. (*Idem.*)

Anselmo. (*Encaminándose hácia el foro, y aparte.*) Vamos... valor... es preciso... Adios, Luisa... Adios, Ignacio... Enrique, hijos mios, á Dios para siempre... sed dichosos... Adios! adios. (*Vase.*)



ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un comedor elegante. Puerta al foro que corresponde al recibimiento. Otra á la derecha que conduce al cuarto de D. Antonio. Mas allá la entrada del jardin. Una chimenea á la izquierda en primer término; mas allá una puerta que corresponde á lo interior. Una mesa á la derecha; á la izquierda y cerca de la chimenea, un velador y una butaca.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS. JULIANA, DON ANTONIO *dentro.*

(*Al levantarse el telon no hay nadie en la escena. Oyense varios campanillazos en el cuarto de D. Antonio.*)

Juliana. (*Dentro.*) Señor Cárlos!.. Señor Cárlos!..

Cárlos. (*Idem.*) Juliana! (*Oyese llamar con mas fuerza. Aparecen Juliana y Cárlos, aquella por el foro y este por la izquierda. Juliana viene vistiéndose y echándose los corchetes á toda prisa. Cárlos con gorro de dormir poniéndose á oscuras el frac y metiendo el brazo derecho en la manga izquierda y viceversa durante la escena siguiente.*)

Juliana y Cárlos á un tiempo. Allá van, allá van. (*Llamando.*) Señor Cárl... Eh! Julia... (*Se encuentran cara á cara y dan un grito.*

Juliana. Ah! (*Volviéndole la espalda.*)

Cárlos. Oh! (*Idem.—Llaman con mas fuerza.*)

Juliana. Ya voy... ya voy...

Cárlos. No oye usted, Juliana?

Juliana. Vaya si oigo... pero yo no puedo entrar asi en el cuarto de un hombre... Malditos alfileres!

Cárlos. (*Haciendo lo posible par dar con la manga del

frac.) Vamos, bueno... si daré al fin con la manga.

D. Antonio. (*Dando voces dentro.*) Juliana!

Juliana. Ay! Dios mio!... qué fastidio! Levantarse asi, de pronto... y sin que uno encuentre cosa con cosa.

Cárlos. Tiene usted razon... Se despierta uno asustado y... Ya se ve, como él no duerme no deja pegar los ojos á los demas. (*Aparte.*) Justamente cuando estaba soñando con Luisita le da la gana de dispertarme para ver. (*Señalando á Juliana.*) Dios quiera que no me suceda hoy algo malo... (*Aplicando el oido.*) Chito... Creo que sale... Dios nos asista.

ESCENA II.

Dichos, DON ANTONIO.

Sale arropado con una bata, anda con dificultad y da á demostrar que esta enfermizo y doliente.

Antonio. Si habrá que echar la casa abajo... Ah! gracias al diablo... me han oido ustedes?

Juliana. Señor si ibamos...

Cárlos. Nos hemos levantado corriendo...

D. Antonio. Si ya lo veo... Hace un cuarto de hora que estoy llamando... he roto la campanilla... Pero que les importa á ustedes que los demas sufran... que pasen la noche en vela?... con tal que ustedes duerman.

Juliana. Perdone usted, señor; ya sabe usted que yo...

Cárlos. Primo, me parece que hasta ahora...

D. Antonio. Silencio!

Cárlos. Pero, primo... es necesario hacerse el cargo de que uno necesita tiempo para despertarse...

D. Antonio. No lo decia yo... Con que dormias? (*Con tono desabrido.*)

Cárlos. Ya... si... pero...

D. Antonio. (*Aparte.*) Dormia... mientras que yo... Oh! es preciso que esto acabe... En cuanto vea á D. Tadeo.

Cárlos. (*Con timidez.* Hum!... con que primo segun parece hoy va algo mejor?

D. Antonio. Eh?

Cárlos. (*Haciéndose atras.*) Si... decia... que vá mejor.

D. Antonio. Decia... decia... Qué sabes tu?

Cárlos. Toma!.. me lo supongo.

D. Antonio. Te has acercado esta noche á saber siquiera como estaba?

Cárlos. Ahora mismo iba.

Juliana. Es verdad... pero como usted tambien no da tiempo para nada.

D. Antonio. Bien está... Acérqueme usted ese taburete... Mas la valdria eso que meterse á abogado de pobres.

Juliana. Abogado de pobres!... Sí, pues como yo abogo tanto por el señor... A buen seguro que no es culpa mia si no está mas tiempo al lado de usted. Siempre le estoy diciendo que no merece un pariente tan bueno como el que tiene.

Cárlos. Pero señor, yo no puedo volverme cuatro ni ser á un tiempo escribiente y enfermero.

Juliana. Para todo hay tiempo cuando uno quiere. Por el dia puede usted ser escribiente y por la noche enfermero.

Cárlos. Eso es, y en seguidita al campo santo.

Juliana. Ba! ba!

D. Antonio. (*Mas tranquilo.*) Vamos, Juliana... eso es llevar tambien las cosas al estremo.

Juliana. No señor, sino que usted es demasiado bondadoso. (*A Cárlos.*) Y el señor Cárlos es un descastado.

D. Antonio. Juliana!

Juliana. Un mal corazon.

D. Antonio. Juliana.

Juliana. Un...

D. Antonio. (*Con aspereza.*) Vamos, basta... calle usted ya... Cárlos tiene razon... el que trabaja necesita descansar... Usted usa con él demasiado rigor.

Cárlos. Como rigor... si dijera usted que la señora es para mí una Lucrecia Borgia.

D. Antonio. Vaya... acércate tu aqui... y hablemos un poco...

Juliana. (*Aparte.*) Estaba segura... ya se desahogó... Es el mejor medio de calmarle...

Cárlos. (*Aparte.*) Ya tenemos de hocico á doña Juliana; me alegro!

D. Antonio. Vamos... estás contento?.. Vas poniéndote al corriente de los negocios... D. Tadeo me ha dicho que eres muchacho de provecho.

Cárlos. Yo lo creo... me trae todos los dias hecho un zarandillo... Dígalo sino ayer.

D. Antonio. Ayer?.. (*Con curiosidad*).

Cárlos. Desde lo último de la calle de Atocha hasta la carrera de San Francisco; de allí á las Salesas reales; de allí á los Ministerios... Oh! lo que es por emprender carreras no faltará...

D. Antonio. (*Aparte.*) No me dice nada de su ida á casa de Anselmo... D. Tadeo me aseguró sin embargo que no lo olvidaria. (*Alto.*) Cárlos...

Cárlos. Primo mio.

D. Antonio. (*Bajando un poco la voz.*) No estuviste en otra parte ademas?

Cárlos. (*Que no lo ha oido bien.*) Cómo?

D. Antonio. (*Con aspereza.*) Te pregunto que si no estuviste en otra parte ademas? (*Mas bajo y mirando si Juliana los escucha.*) Eh?.. en la calle de Alcalá.

Cárlos. Si... (*Aparte.*) Con qué misterio me lo dice.

D. Antonio. (*Mas bajo y con mayor precaucion.*) En casa de un tal D. Ignacio?

Cárlos. Ah! con que usted sabe...

D. Antonio. Vamos... acabarás de responderme?

Cárlos. Sí, primo... es verdad... estuve en esa casa...

D. Antonio. Y qué fuiste á hacer allí?

Cárlos. A llevar...

D. Antonio. Un dinero... no es verdad?

Cárlos. Precisamente... Setenta duros.

D. Antonio. (*Aparte.*) Eso es... Vaya, segun veo puedo fiarme en el escribano. (*Alto.*) Y qué mas?..

Cárlos. Qué mas?.. toma... Se pusieron muy contentos... Porque se conoce que anda algo apuradilla aquella pobre familia.

D. Antonio. Bien.

Cárlos. Es una gente tan de bien... tan laboriosa!

D. Antonio. Bueno... bueno. (*Con tono impaciente.*)

Cárlos. Oh! si... buenos y serviciales... la muchacha sobre todo... pues y el viejo?.. el abuelo Anselmo!.. ese sí que es un hombre bonachon y honrado á carta

cabal. (*D. Antonio da muestras de disgusto.*) Si yo fuese rico, tendria un gusto particular en hacer bien á esa gente.

Juliana. (*Aparte.*) Qué torpes son los hombres... (*Bajo á Cárlos.*) Calle usted, hablador!

Cárlos. Eh!.. no quiero. Lo que digo es la verdad. (*Juliana le hace señas.*) Y aunque usted se deshaga á señas, no me cansaré de decir, que es cosa muy dura para un infeliz tan honrado como él, y que ha pasado trabajando toda su vida, verse arruinado á la vejez...

D. Antonio. Ah! (*Esforzándose para reprimirse: Juliana le tira de la ropa á Cárlos.*)

Cárlos. Me quiere usted dejar en paz? (*Muy animado.*) Sí señor; verse arruinado por un bri... (*Don Antonio se vuelve y le mira con ademan colérico: Cárlos intimidado continúa tartamudeando.*) por un malvado... por un miserable...

D. Antonio. (*Con fuerza*) Callarás!

Cárlos. (*Mirando tan pronto á don Antonio como á Juliana, que continúa haciéndole señas.*) Sí, pri... Sí, primo mio. Ciertamente, yo confi... pero si usted viera la muchacha...

D. Antonio. Otra vez!

Cárlos. Sí, primo. (*Aparte.*) Vamos, es mala ocasion. No está ahora de humor.

D. Antonio. (*Aparte.*) He aqui cómo me tratan!.. Y yo queria... no, no, nada para ellos. (*Llamando.*) Cárlos!..

Cárlos. Primo!

D. Antonio. Irás á casa de tu principal y le dirás que deseo verle... que le estoy aguardando. Anda.

Cárlos. Volando voy. Ah! pero... es que... todavía no estará levantado.

D. Antonio. Pues bien; que se levante.

Juliana. Pero hombre, vaya usted, y no se meta usted en mas... Vaya usted; corra usted.

Cárlos. Allá voy... allá voy... será usted servida, señora doña Juliana.

Juliana. Gracias á Dios.

Cárlos. Pero no porque usted lo manda; sino porque lo manda mi primo... está usted?.. pues! (*La hace

una seña de desprecio, y vase precipitadamente por el foro.)

ESCENA III.

DON ANTONIO. JULIANA.

D. Antonio. (Consigo mismo.) Un miserable!.. Ah! con que soy un miserable...

Juliana. (Aparte.) Ya está otra vez enfadado. El torpe del señor Cárlos lo ha echado todo á perder con venirle haciendo elogios de Anselmo... No conoce que el mejor modo de defender su causa, es hablar de él peor que su mayor enemigo.

D. Antonio. Juliana!

Juliana. Señor?

D. Antonio. Ya habrás oido á Cárlos?.. Segun ellos, soy un miserable; los he sumido en la miseria; los he quitado lo que era suyo...

Juliana. Sí, señor, sí... ya lo he oido... y estoy que no veo de cólera... Pero usted se tiene la culpa... Quién le manda incomodarse por esas gentes?

D. Antonio. Dices bien.

Juliana. Qué le importa á usted lo que ellos digan?.. Tiene usted acaso de qué arrepentirse?.. No señor... Con que es decir, que porque ese Anselmo le recibió á usted en su casa, y le tuvo alli unos pocos años...

D. Antonio. No tan pocos... fueron veinte.

Juliana. Bueno, veinte... y porque despues se asoció usted con él y se le presentó una empresa escelente, habia usted de cedérsela y dejar que él se embolsara el dinero...

D. Antonio. No; pero yo debí contar con él para aquella empresa, porque aunque es verdad que las proposiciones se me hicieron á mí solo... al fin él me habia protegido, y...

Juliana. Ba! ba!... Ademas, usted tenia derecho para retirar su capital, y lo hizo usted asi porque le convenia... Ahí no cabe duda... y si no que lo diga la sentencia que recayó en el pleito.

D. Antonio. Sí; la razon me asistia ante la ley... pero mira lo que ha dicho todo el mundo sin embargo... que soy un ingrato... un mónstruo!.. que por haber

retirado mi capital de las manos de Anselmo, le he obligado á quebrar... le he arruinado...

Juliana. Eso es... y á él le ponen en las nubes y le llaman su protector de usted... Pobre gente!.. Déjeles usted que hablen.

D. Antonio. Pues mira, Juliana, te confieso que desde que ha llegado á mi noticia que Anselmo es pobre, no tengo un momento de tranquilidad... Se me figura que estoy solo, aislado, que no tengo amigos; que todo el mundo aparta los ojos de mí... y que ninguno me da la mano con buen corazon... Se me figura que todos me aborrecen, y por lo mismo siempre que me acuerde de él... de ese Anselmo, que es causa de lo que sufro, es para aborrecerle mas.

Juliana. Sí; pero á veces vuelve usted tambien ese aborrecimiento contra sí mismo, y de ese modo acabará usted por quitarse la vida.

D. Antonio. Tú eres la única que me compadeces... la que no me ha abandonado, y por lo mismo debes aborrecer tambien á ese hombre.

Juliana. Que si le aborrezco?... mas que usted.... Quisiera que olvidara usted hasta el nombre que tiene.

D. Antonio. Ojalá!.. pero es imposible... Cuando he conseguido apartar su memoria de mi imaginacion, me le hace recordar á lo mejor una palabra... una circunstancia cualquiera... hasta tu odio mismo algunas veces... Ya se ve; cuando te oigo hablar de las desgracias de esa familia, no puedo prescindir de que ha sido la mia, y estoy pensando en ella todo el dia... Entonces, lo confieso, me da lástima la suerte de Anselmo y de sus hijos, y quisiera hacerlos bien... pero sin que ellos lo supieran.

Juliana. Siendo asi, tal cual.

D. Antonio. (*Levantándose.*) Oh!.. pero ya he formado mi resolucion; y una vez que no cesan de hablar mal de mí y de acusarme, no quiero tener compasion con ellos. Voy á advertir á don Tadeo que no me vuelva á molestar para que socorra á esa gente. Asi como asi, quiero poner en órden mis negocios, porque conozco que ya va siendo tiempo.

Juliana. Qué es lo que usted dice?

D. Antonio. Para eso es para lo que he mandado venir al escribano.

Juliana. Vaya, déjese usted de pensar en esas cosas ahora. No parece sino que usted se complace con esas ideas tan tristes.

ESCENA IV.

Dichos. CARLOS.

Cárlos. (*Saliendo.*) Veamos primero si... Ah!.. todavia estan aqui... (*Bajo y mirando adentro.*) Aguarde usted un poco.

Juliana. Mire usted... ya ha salido el sol, y hace una mañana soberbia... Tome usted el brazo, y vamos á dar un par de vueltas por el jardin... Ah! aqui está ya el señor Cárlos.

D. Antonio. Qué hay?

Cárlos. Don Tadeo viene al momento. No queria al principio levantarse; pero luego que supo que era usted el que le llamaba...

D. Antonio. Sí, sí; ya lo sé... al menos es un verdadero amigo... puedo contar con su celo.

Juliana. (*Aparte.*) Y con su desinteres.

D. Antonio. Avísame en cuanto llegue.

Cárlos. Está bien, primo mio.

D. Antonio. Tú nos dejarás hablar á solas, Juliana.

Juliana. (*Aparte y llevándole sostenido del brazo.*) Vamos... se conoce que el tal don Tadeo le pilló ayer por su cuenta. Ya adivino lo que quiere!.. pero estoy yo aqui.

D. Antonio. Cómo?

Juliana. Nada... nada. Apóyese usted bien... Yo soy sólida. (*Vanse.*)

ESCENA V.

CARLOS, *poco despues* ANSELMO.

Cárlos. Sólida!.. Yo lo creo... y suficientemente sólida. Gracias á Dios... se fueron ya. (*Corriendo á la puerta del foro.*) Entre usted; entre usted, señor Anselmo.

Anselmo. (*Tiritando.*) Bruf!

Cárlos. Perdone usted que le haya hecho esperar; tenia que dar un recado. (*Anselmo da con los pies en el suelo como para caldeárselos. Cárlos mira con inquietud hácia el lado del jardin.—Aparte.*) Hum! Si mete ese ruido. (*De pronto.*) Ah! (*Presentándole una silla.*) Siéntese usted.

Anselmo. (*Que continúa pisando recio.*) No, gracias. (*Soplándose los dedos.*) Ah! amigo, la neblina es fria como un diantre.

Cárlos. (*Atizando el fuego.*) Ya lo he echado de ver... Acérquese usted á la lumbre.

Anselmo. A la lumbre? pues qué hay? oh! entonces... si hay lumbre, no es cosa de negarse, asi me entonaré un poco. (*Estregándose las manos.*) Ah! que bueno es esto!... el frio me ha pasado los huesos... Ah! qué bueno es calentarse...

Cárlos. Pero quien le manda á usted salir á estas horas... y á su edad! Don Ignacio pudiera haberse encargado...

Anselmo. (*Distraido.*) Ignacio! mi yerno!

Cárlos. Toma, ya se vé.

Anselmo. (*Recobrándose.*) Ah! sí... queria acompañarme, pero como anda tan ocupado... no se lo he permitido. (*Aparte.*) No quiero que sepa... Oh!... nadie lo sabrá... es un secreto que morirá conmigo.

Cárlos. No importa, haber aguardado á otra hora.

Anselmo. (*Con energia.*) Aguardar, oh! no... (*Mas sereno.*) No podia ser... se trataba de un asunto muy urgente... y por lo mismo, me eché á la calle en cuanto fue de dia, á pesar de la escarcha y de la niebla.

Cárlos. Como que yo le encontré á usted y no acababa de creer que le tenia delante de mí... Ya se ve.. Me veo de pronto un pobre anciano tiritando de frio que me saluda entre dientes.

Anselmo. Sí, me habia sentado un momento, porque la niebla me habia pasado la cabeza y sentia una debilidad en todo mi cuerpo... Oh! he sufrido un mal rato. Cuando pienso que hay infelices que tendrán que pasar estas crudas heladas sin abrigo alguno... tanto padre de famila, tanta criatura que no tendrá

tal vez... (*Aparte.*) Enrique! (*Se levanta.*) Vamos, vamos, ya me he calentado bastante. (*Se apoya sobre el brazo de la butaca con mano trémula y la debilidad le obliga á caer de nuevo sobre el asiento.*)

Cárlos. Eh! no... todavia no podrá usted.

Anselmo. (*Haciendo nuevos esfuerzos.*) Sí tal, sí tal.

Cárlos. Ya vé usted que las fuerzas...

Anselmo. En efecto, las piernas me flojean un poco.

Cárlos. Ah! aguarde usted, (*Corre á mirar por la ventana.*) aguarde usted, voy á buscar un par de bizcochos y una copita de Jerez; eso le confortará á usted del todo.

Anselmo. Para mí? no, gracias... se pasa el tiempo y es preciso que vaya...

Cárlos. Pues bueno, asi irá usted mas de prisa despues de haber tomado un refuerzo.

Anselmo. En verdad que tiene usted razon. Accedo, pues usted tiene la bondad de agasajarme... pero ha de ser pronto.

Cárlos. Es cosa de un minuto. Al punto vuelvo.

Anselmo. Y no ha de servir de incomodidad.

Cárlos. Nada, nada... Ya estoy de vuelta...

ESCENA VI.

ANSELMO *solo.*

Pobre muchacho! tiene un corazon escelente! Como no sea yo causa de que... No debia haber admitido... Oh! si tal sucediese podia yo decir que era causa de la desgracia de todo el mundo... Seria cosa de acabar conmigo... Acabar conmigo!... Ayer tuve tentaciones... pero Dios no quiso abandonarme; ya estuve en la orilla y la memoria de mis hijos me detuvo. El mundo es tan injusto que tal vez los hubiera echado la culpa de mi muerte!... Pobres hijos mios! Con qué cuidado estarán á estas horas... Oh! pero no quiero volver á verlos hasta que haya hablado con Antonio... Antonio! yo que habia jurado no llamar nunca á su puerta! no volverle á ver! no importa, lo necesito y le veré; si me rechaza, acabóse todo. Iré á morir lejos de aqui, é Ignacio tendrá de

ese modo una carga menos... A estas horas me estaria llamando Enrique... «Abuelo, abuelo Anselmo, quiero levantarme.» Y hoy estará solo; se despertará y gritará: «abuelo,» (*Llorando.*) y el pobre viejo no estará allí, porque ha huido de su lado... Oh! Dios mio!

ESCENA VII.

ANSELMO. CÁRLOS.

Cárlos. (*Que sale con un plato, pan, &c.*) Eh!... amigo, he tardado porque he estado buscando los bizcochos: y al cabo me vengo sin ellos... pero traigo en cambio otra cosa. Siéntese usted aqui.

Anselmo. Adónde vá usted á parar con todo eso! Yo no quiero mas que una chispa de vino...

Cárlos. Vaya, vaya, déjeme usted á mí. (*Le echa de beber.*) Pruebe usted para hacer boca.

Anselmo. Pero, y usted?

Cárlos. Yo no tengo apetito, gracias. (*A Anselmo.*) Eh! qué tal?

Anselmo. Soberbio! es capaz de resucitar á un muerto.

Cárlos. Yo lo creo; es el mejor vino de la bodega de mi primo. No sé darme razon de como está malo bebiendo un vino como ese.

Anselmo. Con que está malo! pobre hombre! Vamos, acérquese usted y beba una copita á su salud... Tal vez se pondrá mejor.

Cárlos. Dice usted bien, venga en buen hora. (*Aparte.*) Si lo llega á saber, me disculparé con eso. (*Alto.*) Echeme usted en esa copa, es la de mi primo. Si me dice... «Cómo has tenido el atrevimiento de beberte mi Jerez?» le diré: Primo, por una razon... (*Acerca la copa á los labios.*) escelente es el tal vino, por la salud de usted.

Anselmo. Vamos, vamos. (*Presentándole la copa para brindar.*)

Cárlos. Allá vá. A la salud de mi primo don Antonio Dominguez.

Anselmo. Dominguez! (*Deteniéndose.*) Su primo de usted se llama...

Cárlos. Antonio Dominguez, arquitecto afamado. Pero qué tiene usted?

Anselmo. Con que estamos en casa del arquitecto Dominguez?

Cárlos. Sí señor... y bebiéndonos su vino.

Anselmo. (*Soltando la copa y alejándose de la mesa.*) Jamas!

Cárlos. Cómo qué? Sí señor.

Anselmo. En casa de Dominguez! comiendo en su mesa!... ah!

Cárlos. Ay! Dios mio! Yo creo que los años le han trastornado la cabeza. Abuelo Anselmo!

Anselmo. Déjeme usted... Usted me ha engañado, me ha traido aqui sin prevenirme, sin advertirme nada...

Cárlos. Yo engañarle á usted!.. á mi futuro abuelo!

Anselmo. No quiero estar aqui mas tiempo... Adios!

Cárlos. Y cree usted que le voy á dejar marcharse asi?.. no señor... qué diria Luisita?

Anselmo. Luisa!

Cárlos. Vamos, deme usted el brazo y le acompañaré.

Anselmo. A dónde?

Cárlos. Toma! á donde usted vaya... A dónde va usted?

Anselmo. Voy... á... á...

Cárlos. (*Cogiendo el sombrero.*) Pues bueno; echemos á andar.

Anselmo. (*Sosegándose.*) Bien que... Una vez que queria hablarle... y ya estoy aqui... en casa de Antonio... (*Mirando en torno suyo.*) Ah! si él quisiese... Es tan rico!

Cárlos. Señor Anselmo, cuando usted guste: yo ya estoy pronto...

Anselmo. No, muchas gracias: quiero quedarme aqui.

Cárlos. Quedarse aqui!

Anselmo. Y pensar bien en lo que tengo que decirle.

Cárlos. (*Aparte.*) Señor, si chocheará?.. Decirle?.. el qué, ni á quién?

Anselmo. A Dominguez.

Cárlos. (*Asustado.*) A mi primo!.. pero qué? va usted á hablar con mi primo?

Anselmo. Sí; quiero hablarle, y ver si se atreve á echar de esta casa á su bienhechor.

Cárlos. Cómo?

Anselmo. Sí señor; su bienhechor.

Cárlos. Será posible!.. Con que usted es su antiguo asociado... Pues ahora es mas imposible que nunca... Si la ama de mi primo, doña Juliana, supiese tan solo que habia puesto usted los pies aqui...

Juliana. (*Dentro.*) Señor Cárlos...

Cárlos. Misericordia! Ella es!.. Señor Anselmo... escelente y honradísimo señor Anselmo... por el amor de Dios! Venga usted... vámonos corriendo.

Anselmo. Sin haberle hablado? No, no.

Carlos. Pero... es que si esa maldita vieja le llega á usted á echar la vista encima...

Juliana. (*Dentro.*) Señor Cárlos!

Cárlos. Maldita seas! Mire usted; haga usted una cosa... Entre usted ahí, y al fin del corredor está mi cuarto... Aguárdeme usted, que yo iré á buscarle cuando mi primo esté solo.

Anselmo. Bien está; pero me lo promete usted?..

Cárlos. Por el nombre que tengo.

Anselmo. Allá voy. (*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

CARLOS. JULIANA *que viene por la derecha.*

Juliana. (*Viendo á Anselmo al tiempo que sale.*) Quién es ese hombre? (*Va á verle, pero cierra la puerta al propio tiempo.*) Qué veo?.. Oh! no; es imposible. (*Dirigiéndose á la puerta.*)

Cárlos. (*Cerrándola el paso.*) Dónde va usted?

Juliana. Voy... voy á ver el sugeto (*Reparando en el almuerzo*) con quien usted estaba almorzando aqui. (*Señalando á la mesa*)

Cárlos. (*Turbado.*) Ah! sí... yo... ya se ve... Pues, sí señora, ha sido un capricho... como he tenido que salir en ayunas, he tomado un dedito de vino para fortalecer el estómago.

Juliana. Y para fortalecerle bien, ha bebido usted á dos manos? (*Cogiendo y enseñándole las dos copas.*)

Cárlos. Cómo decia usted?

Juliana. Digo que aqui habia alguien con usted; y ya sabe usted que al amo no le acomoda...

Cárlos. Julianita, la juro á usted que...

Juliana. Qué?

Cárlos. Que estaba solo, Julianita.

Juliana. No me venga usted con esas. Confiese usted francamente que el que salia de aqui era el señor Anselmo. (*Movimiento de Cárlos.*) Oh! no sirve que usted lo niegue; el señor Anselmo estaba aqui.

Cárlos. Chist, mas bajo, por Dios.

Juliana. Era él! no me cabe duda... Y usted se atreve á traer aqui á ese viejo, sin avisarme?.. cuando su primo está malo?.. cuando la vista de ese hombre puede ocasionarle un gran trastorno?.. Es decir, que usted quiere matar á su primo?

Cárlos. Ay! Dios mio! Esta muger es capaz de acusarme de homicidio!

Juliana. Silencio!.. Calle usted, y acérquese usted aqui. (*Cárlos obedece.*) Con que, vamos, señor Cárlos, confiese usted que se interesa mucho por Anselmo...

Cárlos. Ya se ve, Julianita, tengo disculpa. Como es abuelo de Luisita, y yo quisiera que lo fuera tambien mio...

Juliana. Vaya, pues deme usted esa mano; yo soy de los suyos. (*Alargándole la mano.*)

Cárlos. Qué escucho! Cómo! Usted, señora Juliana!

Juliana. Yo, sí señor. Juliana finge tener mal genio, y tiene buen corazon. Es un recurso de que me valgo para con su primo de usted, á quien las pesadumbres han agriado enteramente con la familia del pobre Anselmo.

Cárlos. Ah! Julianita. Ahora sí que me parece usted una muchacha de quince años.

Juliana. A no ser por mi aborrecimiento fingido hácia esos infelices, tal vez á esta fecha hubieran sido abandonados por don Antonio.

Cárlos. Vamos; estoy lelo!.. petrificado!.. Y yo, que no la podia sufrir á usted, Juliana de mi vida!

Juliana. De veras?

Cárlos. Como usted lo oye... Pero, qué? Si estaba rogando á Dios que volviese el cólera-morbo para que cargase con usted. Ay! Julianita, permítame usted que la demuestre la efusion de mi corazon. (*Acercándose á abrazarla.*)

Juliana. (*Entusiasmada.*) Cómo se entiende?.. Con mucho gusto, señor Cárlos.

ESCENA IX.

Dichos. DON TADEO.

D. Tadeo. (*Aparte en el foro.*) Calla! calla!.. Esta sí que es buena. (*Se oculta.*)

Juliana. (*A Cárlos.*) Y ahora, cuando me oiga usted gritar contra usted ó contar perrerías del pobre Anselmo, diga usted entre sí: «Juliana conoce el flaco de mi primo... quiere reconciliarle consigo mismo... hacerle seguir la senda del honor,» y le juro á usted que lo he de conseguir aunque sea á pesar suyo.

D. Tadeo. (*Aparte.*) Oiga!

Juliana. Pero hay que emplear mucha maña y prudencia, porque si don Antonio llegase á saber...

Cárlos. Es verdad. Y por lo mismo, si usted quisiera prepararle... Ya me entiende usted?

Juliana. Perfectamente... voy ahora mismo. Usted encárguese de avisar al otro. Hasta luego. (*Vase.*)

Cárlos. Vaya usted con Dios, amable y compasiva Julianita.

ESCENA X.

DON TADEO *solo.*

Sí, sí; vayan ustedes... Quién lo habia de decir? La tal Juliana que hablaba tan mal de Anselmo... y que segun yo me figuraba, se llevaba en ello la mira de sacar su parte de la herencia... Nos engañaba!.. Y á mí sobre todo!.. Engañar á un escribano!.. Es el caso que ha desbaratado todos mis proyectos... Qué lástima! Lo tenia yo todo tan bien arreglado!.. Don Antonio iba dejando poco á poco sus escrúpulos, y ya le veia inclinado á nombrarme su heredero universal. (*Aplicando el oido.*) Eh?.. él es... viene con la solapada Juliana... parece que está enternecido... Ah, Juliana, si yo te... Silencio... ya estan aqui.. (*Acercándose con mucha amabilidad.*) Felicísimos, señor don Antonio... Buenos dias, Juliana.

ESCENA XI.

D. TADEO. D. ANTONIO, JULIANA.

D. Antonio. Ah! es usted don Tadeo? Le estaba aguardando á usted? Tenemos que hablar de nuestro asunto.. Juliana, déjanos solos.

Juliana. Voy á preparar el desayuno.

D. Antonio. Sí, anda.

Juliana. (*Aparte.*) Y á decir á Cárlos que espere.

D. Tadeo. (*Con mucha amabilidad.*) Vaya usted con Dios, Julianita.

Julianita. Ya me voy, ya. (*Aparte.*) Quisiera saber lo que tiene que decirle el zorro de D. Tadeo.

D. Tadeo. (*A Juliana.*) No ha oido usted que... (*Juliana le da con la puerta en los hocicos.*) Bien... bien... esto irá con lo otro y me lo pagarás todo junto... sin olvidar los intereses.

ESCENA XII.

DON ANTONIO. DON TADEO.

D. Antonio. Lo que acaba de decirme Juliana del estado miserable de Anselmo?.. (*Pensativo y consigo mismo.*)

D. Tadeo. (*Acercándose con prontitud.*) Cómo decia usted?

D. Antonio. Eh?

D. Tadeo. Creí que hablaba usted de Anselmo...

D. Antonio. En efecto... He sabido por Juliana que parece que se complace en el mal de esa gente...

D. Tadeo. (*Con ironia.*) Si... si.

D. Antonio. Eh?

D. Tadeo. Digo que si... que ya he observado eso mismo.

D. Antonio. Pues como digo, he sabido por ella que Anselmo es muy desgraciado...

D. Tadeo. Oh! muy desgraciado... no.. gracias al socorro que le entregué ayer.

D. Antonio. Es verdad... lo habia olvidado... y ahora que me acuerdo le doy á usted las gracias.

D. Tadeo. Déjese usted de eso...

D. Antonio. Usted es un escelente hombre D. Tadeo... No sé cómo es usted escribano, porque tiene un corazon de angel.

D. Tadeo. En cuanto á eso dice usted bien... Desgraciadamente... no tengo tampoco otra cosa... Si fuese rico.

D. Antonio. Dios proveerá. Con qué está usted enterado de todo?.. Quiero dividir mis bienes en tres partes.

D. Tadeo. En tres... Ah!.. sí, Cárlos!

D. Antonio. Usted...

D. Tadeo. Y Juliana!.. Es decir que ella podrá contar siempre con una... Yo me alegro de ello por el viejo Anselmo. Asi podrá favorecerle á sus anchuras.

D. Antonio. Juliana!.. Por supuesto, ya sabe usted que no le puede ver.

D. Tadeo. Si... si... (*Con ironía.*)

D. Antonio. Cómo?

D. Tadeo. No digo que no... porque en realidad tan chasqueado he sido yo como usted?

D. Antonio. Qué quiere usted decir con eso?

D. Tadeo. En fin, hablando claramente... que le estan á usted engañando... que le venden.

D. Antonio. Pero quién?

D. Tadeo. Todo el mundo... Sí señor... sin esceptuar á nadie. (*Recobrándose de pronto.*) Escepto yo. He descubierto un compló entre Anselmo, su familia, Cárlos y el ama de gobierno.

D. Antonio. Juliana!.. Usted sueña!..

Tadeo. No señor. Yo mismo los he pillado conspirando aquí..

D. Antonio. Aquí?.. Oh! eso no puede ser.

Tadeo. Y por qué? Sepa usted que el estar siempre disputando Cárlos y Juliana es para engañarle mejor. Juliana dice que le ha de obligar á usted á hacer bien á Anselmo por espiritu de contradiccion. (*Movimiento de D. Antonio.*) Que le maneja á usted como á un niño, y por ese medio le ha de inclinar poco á poco á que le restituya á ese viejo lo que

le ha... no me atrevo á repetir la palabra que he oido. (*Nuevo movimiento de D. Antonio.*)

D. Antonio. Con que ha dicho eso?

Tadeo. Y que le haria á usted hombre de bien á pesar suyo.

D. Antonio. Pues qué soy para ellos entonces?.. un..

Tadeo. No lo diga usted, hace daño el oir esas cosas.

D. Antonio. Con que es decir que los que habitan bajo el mismo techo que yo habito, que los que viven en mi misma casa se atreven á acusarme... á insultarme... Pero hombre y Cárlos que estaba aquí... que ha dicho?.. no les ha hecho callar.

D. Tadeo. Cárlos!.. Cárlos? eh?.. Cárlos la ha dado un abrazo á doña Juliana... aqui... en mis barbas. Siento mucho hacerle pasar á usted este mal rato, pero usted lo ha querido y...

D. Antonio. (*Cogiéndole la mano.*) Oh! usted es un hombre inapreciable. (*Llama.*) Juliana!

D. Tadeo. Que va usted á hacer?

D. Antonio. Voy... ó no... mejor será... porque la cólera me ahoga.. Vaya usted mismo á buscar á Cárlos y Juliana, dígales usted que se marchen de mi casa, que les probibo... lo oye usted?.. que les prohibo que vuelvan á ponerse delante de mi vista.

D. Tadeo. Pero...

D. Antonio. Ande usted... en cuanto al testamento, vuelva usted á estenderle de nuevo... y una vez que en el mundo no puedo contar mas que con usted... llévaselo usted todo. (*Movimiento de D. Tadeo.*) Se lo dejo á usted todo.

D. Tadeo. A mí?

D. Antonio. Si lo rehusa usted... buscaré otro.

D. Tadeo. Dios me libre de darle á usted ese sentimiento. (*Corriendo á coger el sombrero.*)

D. Antonio. Corra usted... quiero que hoy mismo quede todo terminado y salir de maulas.

D. Tadeo. Con que es decir que definitivamente...

D. Antonio. Hombre, aun esta usted aqui. (*Colérico.*)

D. Tadeo. Será usted servido. (*Vase con gran precipitacion.*)

ESCENA XIII.

DON ANTONIO, *poco despues* ANSELMO.

D. Antonio. Ah! es decir que en este mundo no puede uno fiarse de nadie...

Anselmo. (*Consigo mismo.*) Cárlos me prometió que vendría á buscarme. (*Reparando en D. Antonio.*) Ah!.. (*Exáminandole.*) Sí... él es... (*Con sentimiento.*) Hé aqui el que quise tanto en otro tiempo, el que me llamaba padre.

D. Antonio. Solo... solo en el mundo... sin familia!.. Sin amigos!.. Sin cariño alguno en la tierra... Ah! qué desgraciado soy!

Anselmo. (*Conmovido.*) Al verle siento á pesar mio una conmocion inesplicable.

D. Antonio. Cárlos, Juliana... todos me han abandonado. (*Con dolor y enojo al propio tiempo.*) Por Anselmo.

Anselmo. Qué dice!

D. Antonio. Oh! he hecho bien en despedirlos.

Anselmo. En despedirlos... Qué oigo! los ha... porque se habian compadecido del pobre anciano!.. Y yo le queria aun... Ah! su conducta es infame!

D. Antonio. Vivir aislado! Morir sin una mano amiga que cierre mis parpados!.. Ah! y todo por Anselmo! Quién me vengará de ese hombre?

Anselmo. (*Que se habrá acercado.*) Quién?.. Tú mismo si quieres...

D. Antonio. (*Dejándose caer contra el respaldo del sillon y mirando con terror á Anselmo.*) Anselmo!

Anselmo. Si... yo soy... Qué es eso? porque temes? Estamos solos... no querias vengarte?.. pues aqui me tienes... véngate.

D. Antonio. Qué busca usted aqui?

Anselmo. Venia á decírtelo; pero juzgo que seria inútil; porque acabas de echar de tu casa á tu único pariente y á la pobre muger que cuidaba de ti.

D. Antonio. Sí... porque me engañaban.

Anselmo. Ellos! no.

D. Antonio. Le han traido á usted aqui para defen-

derlos?.. Poco acertados han andado en elegir á su cómplice por intercesor.

Anselmo. Ah!

D. Antonio. Sí, porque ellos sabian muy bien que usted es mi enemigo (*Movimiento de Anselmo.*), y me han vendido por usted: sabian muy bien que usted es y ha sido siempre la causa de mis pesares, de mis padecimientos.

Anselmo. Escucha.

D. Antonio. Qué busca usted aqui? No conoce usted que su presencia...

Anselmo. Te es insoportable, no es verdad? Te es insoportable la presencia del pobre Anselmo, del anciano á quien tan cruelmente has abandonado y engañado!...

D. Antonio. Anselmo!

Anselmo. Oh! es preciso que me escuches... El cielo es testigo de que venia á hablarte con palabras de paz y con el corazon dispuesto á perdonarte. Si me hubieras alargado la mano... tal vez... y eso que me has engañado pérfidamente, Antonio! que me has arruinado!... que merced á tí, me encuentro en el dia rodeado de miseria!... tal vez, repito, lo hubiera olvidado todo y te hubiera perdonado. Sí, te hubiera perdonado; y si por acaso hubiera recordado algun tiempo, hubiera sido aquel en que te queria como á hijo porque te creia bueno, honrado...

D. Antonio. (*Levantándose.*) Otra vez! Y decid, no tengo yo que olvidar, ni perdonar nada... Cuenta usted por nada diez años en que he sido contínuamente el objeto de hablillas, sospechas y calumnias!

Anselmo. Serás capaz de acusarme á mí de ellas?

D. Antonio. En fin, qué es lo que usted exije... Dígalo usted pronto... Estas disputas á nada conducen... y mi salud... (*Intenta encaminarse hácia la puerta de su cuarto.*) Qué es lo que usted necesita? dinero?... Es mi dinero lo qué usted envidia?

Anselmo. (*Indignado.*) Ah! pobre hombre!

D. Antonio. Pues le tendrá usted... voy á buscarle...

Anselmo. Detente, no le quiero. (*Intenta detenerle.*)

D. Antonio. Déjeme usted.

Anselmo. Repito que no quiero tu dinero... dado asi... como á un mendigo...

D. Antonio. Pues entonces, líbreme usted de su vista. (*Le rechaza y se mete en su cuarto cuya puerta cierra de golpe.*)

ESCENA XIV.

ANSELMO *solo.*

No, no... no le quiero, no quiero nada de tí... guarda tu dinero, miserable. Sabré pasarme sin él... y ellos tambien. Ah! Antes iria á pedirle de puerta en puerta diciendo: «Es para mis hijos...» porque al menos me lo darian con caridad.

ESCENA XV.

ANSELMO. JULIANA.

Juliana. (*Que sale con mucha precaucion.* Vamos á ver ahora. (*Advierte en Anselmo.*) Cielos! El señor Anselmo aqui.

Anselmo. Sí, yo soy, yo soy.

Juliana. Ah! si mi amo.

Anselmo. Acabo de verle. Adios, Antonio, adios, te abandono á tus remordimientos.

Juliana. (*Alargando el oido hácia el cuarto de don Antonio.*) Qué es lo que ha pasado? (*Oyese ruido dentro.*) Pero qué es esto? oigo ruido. (*Corre al foro.*) Luisa en esta casa!

Anselmo. (*Estremeciéndose.*) Luisa! (*Aparece Luisa, da un grito y corre hácia Anselmo.*)

Juliana. Chist!... mas bajo. Dios mio! si el amo... (*Se precipita en el cuarto y cierra la puerta.*)

ESCENA XVI.

LUISA. ANSELMO.

Anselmo. Luisa.

Luisa. Abuelo mio!

Anselmo. Eres tú, Luisa, hija mia!...

Luisa. Ah! señor, qué susto nos ha dado usted! Huir de casa... dejarnos asi... qué noche! Dios mio!

y qué inquietud! A no ser por el señor Cárlos que ha ido á decirme...

Anselmo. Sí, sí... pero y tu padre?... y Enrique? dónde está mi Enrique?

Luisa. Va á venir.

Anselmo. Ah! pobres hijos mios! se me figura que hace un siglo que no los he visto. Pero vamos, llévame de aqui; no estemos mas tiempo en esta casa.

Luisa. Sí, sí, venga usted con nosotros. (*Deteniéndose y enjugando una lágrima.*) Conmigo, debo decir.

Anselmo. Heen! pues qué! qué hay?

Luisa. Mi padre... los acreedores... (*Llorando.*)

Anselmo. Acaba... dónde está tu padre?

Luisa. En la cárcel; nos han embargado.

Anselmo. En la cárcel! Ignacio en la cárcel! Gran Dios! Y... y tú? y Enrique? dónde habeis de ir?

Luisa. Dios lo sabe.

Anselmo. Será posible... sin asilo, mis hijos... y yo... ayer... yo tengo la culpa.

Luisa. Sosiéguese usted, abuelo mio, yo soy jóven, y trabajaré. Vámonos.

Anselmo. No, no, nunca. (*Asaltado por una idea.*) Ah calla... tengo dinero, hace poco que me le han ofrecido, y pudiendo salvaros, le he rehusado por orgullo, por vanidad mientras que mi familia... Oh! no, no. (*A Luisa.*) Aguarda, aguarda.

Luisa. Qué va usted á hacer?

Anselmo. A salvaros á cualquier precio... Me humillaré delante de tí, Antonio... te lo pediré de rodillas y con las manos juntas si es preciso. (*Intenta abrir la puerta.*) Antonio! Antonio! no me oye!... quiero verle... Antonio, soy yo.

Luisa. (*Queriendo contenerle.*) Padre mio!

Anselmo. No: es preciso. (*Juntando sus fuerzas para dar vuelta á la llave y dando golpes á la puerta.*) Antonio! Añt... (*Empuja la puerta lleno de desesperacion, y retrocede tropezando.*)

Luisa. (*Corriendo á su auxilio para sostenerle.*) Ah!

Anselmo. No, no... déjame.. Dios mio! no viene. (*Fuera de sí.*) Decídselo... decidle que soy yo...

Luisa. Por piedad, sosiéguese usted.

Anselmo. Eh? quién está aqui?... no, no me detengais...

quieren detenerme... cuando yo... No lo habeis oido? Hijos mios! quieren que se mueran.

Luisa. Dios mio! no me conoce.

Anselmo. (*Rechazándola.*) Dejadme, dejadme digo.

Luisa. (*A don Antonio que aparece en la puerta.*) Ah! señor, por el amor de Dios,..

ESCENA XVII.

Dichos. DON ANTONIO.

D. Antonio. Qué es lo que pasa? qué gritos son estos! (*Reparando en Anselmo.*) Ah! Anselmo! (*Corre á él y ayuda á Luisa á sentarle.*) Juliana, pronto... socorro!... socorro! (*Juliana vuelve á entrar en el cuarto.*)

Anselmo. (*Delirando.*) Silencio... socorro! no lo ois? (*Quiere levantarse.*)

Luisa. Cielos! está fuera de sí.

Juliana. Aqui estoy. (*Juliana sale.*)

Anselmo. Chist! Abran ustedes... han llamado á esa puerta. No ois gemidos? es algun desgraciado. (*Aplicando el oido y como si repitiese lo que cree oir.*) Socorro! pronto, abrid esa puerta. (*Pausa.*) Sí, es un niño... viene herido... entra, entra hijo mio, ven á sentarte... aqui, junto á mí... eh! qué nombre dices? Antonio! (*Movimiento de Antonio.*) Te llamas Antonio?

D. Antonio. Qué es lo que dice?

Anselmo. (*Como si escuchase.*) Qué oigo!... estás solo en el mundo, huérfano, sin familia.

D. Antonio. Qué recuerdo!

Anselmo. (*Idem.*) Tan pequeño, y ya sin padre? con que no tienes padre?... Pobre criatura! yo lo seré para tí... quédate aqui con mis hijos... te querré como los quiero á ellos.

D. Antonio. (*Muy conmovido.*) Sí, sí... esas fueron sus mismas palabras.

Anselmo. Pero no olvides jamas lo que hago por tí. Si algun dia eres dichoso, acuérdate de lo que hago ahora y dí entre tí mismo:—«si no hubiera sido por él me hubiera muerto de hambre y de frio.»—

D. Antonio. (*Acercándose poco á poco.*) Sí, de hambre y de frio.

Anselmo. Pero él me amparó.

D. Antonio. Es verdad.

Anselmo. Me sirvió de padre, y debo quererle como á un padre ó temerlo todo de la justicia divina, porque Dios maldice á los malos hijos.

D. Antonio. (*Echandose á los pies de Anselmo.*) Ah! Anselmo.

Anselmo. (*Estremeciéndose.*) Anselmo!.. Quién ha pronunciado mi nombre? Quien me llama?

D. Antonio. Yo, yo, Antonio! Vuestro hijo!

Anselmo. Mi hijo! Antonio! (*Serenándose algun tanto.*)

D. Antonio. Sí, que está de rodillas, y pide que le perdonen...

Anselmo. (*Volviendo en sí.*) Antonio!.. Espera... hace tanto tiempo... Antonio... ah! (*Movimiento para levantarse.*)

D. Antonio. Perdon, padre mio!

Anselmo. Tu padre!.. (*Le mira.*) Me has llamado asi... Oh! te veo á mis pies!.. lloras! Oh! sí, sí, él es... Hijo mio!

D. Antonio. Padre. (*Arrojándose en sus brazos.*) Ahora conozco cuan ingrato he sido...

Anselmo. (*Tapándole la boca.*) Silencio! calla, calla! que nadie lo sepa... No ves que te he perdonado? Ya he olvidado tus yerros: lo he olvidado todo. Seamos amigos como en otro tiempo.

Juliana. (*Enternecida y contenta.*) Ah! Señor Anselmo es usted un escelente hombre.

ESCENA XVIII.

Dichos. D. TADEO.

D. Tadeo. (*Que viene desatentado y con un papel en la mano.*) Amigo. (*Viendo que D. Antonio no está solo.*) Calla! Que es lo que veo?

D. Antonio. Qué trae usted? (*Cogiendo el papel.*) Ah! venga ese papel. (*Anselmo enseñándosele.*) Dentro de una hora repararé mis culpas, padre mio.

D. Tadeo. Cómo?

D. Antonio. Nos hemos reconciliado, Sr. D. Tadeo; me ha perdonado...

Anselmo. Y ese papel?

D. Antonio. Es un borrador de mi cesion de bienes que D. Tadeo ha tenido la bondad de estender.

Anselmo. Para mí?

D. Tadeo. Sí señor. (*Aparte.*) El diablo te... Y yo que habia tomado un coche para llegar mas pronto.

Anselmo. (*A Antonio que hablaba bajo.*) Con que soy rico... Ah! qué dicha!.. Luisa... Ignacio. (*Luisa hace un movimiento. Anselmo lo advierte.*) Qué digo, infeliz? lo habia olvidado... (*A D. Antonio.*) Antonio... el pobre Ignacio.

Anselmo. Qué?

D. Antonio. Está en la carcel.

D. Antonio. Qué oigo? (*A D. Tadeo.*) D. Tadeo, corra usted.

D. Tadeo. Sí, si entiendo. (*Vase D. Tadeo.*)

Anselmo. (*Apretándole la mano á D. Antonio.*) Gracias, hijo mio. (*Ruido dentro. — A Luisa.*) Escucha.

Luisa. Es el señor Cárlos y Enrique.

Enrique. (*Dentro.*) Abuelo! abuelo!

Anselmo. Ah! si él es! es mi Enrique!

ESCENA XIX.

Dichos. CARLOS, ENRIQUE *con un pruchinela en la mano.*

Cárlos. Aqui estamos todos.

Anselmo. Enrique! (*Quiere correr á abrazar al niño; la conmocion que siente se lo impide; se sienta y le llama estendiendo los brazos hacia él.*) Enrique!

Enrique. (*Corriendo á él y encaramándose en sus rodillas.*) Abuelo mio, soy yo.

Anselmo. Pobre Enrique mio. (*Acariciándole.*) Habia creido que no volveria á verte mas. (*Llora de alegria.*)

Enrique. Pues bien; ya me tienes aqui, no llores.

Anselmo. Ah! déjame, déjame; ahora no tendré que esconderme para que tú no lo veas.

Enrique. (*Enseñándole el pruchinela y montándole en la otra rodilla de Anselmo.*) Mira; no le he roto.

Anselmo. (*Jugando con él.*) No, está sano... Ahora podrás romper cuantos te de la gana, te compraré un regimiento... porque soy rico... es decir, lo eres tu

y tu hermana. (*A Antonio.*) Antonio, dejarás á favor de los chicos todo lo que pensabas darme.

D. Antonio. Y usted?

Anselma. Oh ! yo... para qué necesito dinero? No quiero mas riquezas que vuestro cariño y ese no me faltará ya nunca. (*Mirándolos.*) No es verdad? (*Enrique y Luisa se arrojan á abrazarle... Anselmo alarga la mano á D. Antonio.*)

Los tres. Nunca!

Se halla en Madrid en las librerías de Escamilla, *calle de Carretas, en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas, y en las provincias en las siguientes:*

Habana................	*Urban Ramos.*
Cádiz....................	*Hortal y compañía.*
Barcelona...........	*Piferrer.*
Valladolid..........	*Rodriguez*
Zaragoza.............	*Yagüe.*
Granada..............	*Sanz.*
Valencia.............	*Mallen.*
Coruña................	*Perez.*
Burgos.................	*Arnaiz.*
Vitoria................	*Hormilugue.*
Santander.....	*Martinez.*
Santiago..............	*Rey Romero.*
Sevilla..................	*Caro Cartaya.*
Oviedo.................	*Longoria.*
Salamanca..........	*Moran.*
Málaga.................	*Carrera.*
Murcia.................	*Benedicto.*
Pamplona...........	*Suarez.*
Córdoba..............	*Berard.*
Badajoz................	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Alcoy....................	*Cabrera.*
Jerez.....................	*Bueno.*
Palencia..............	*Pastor.*